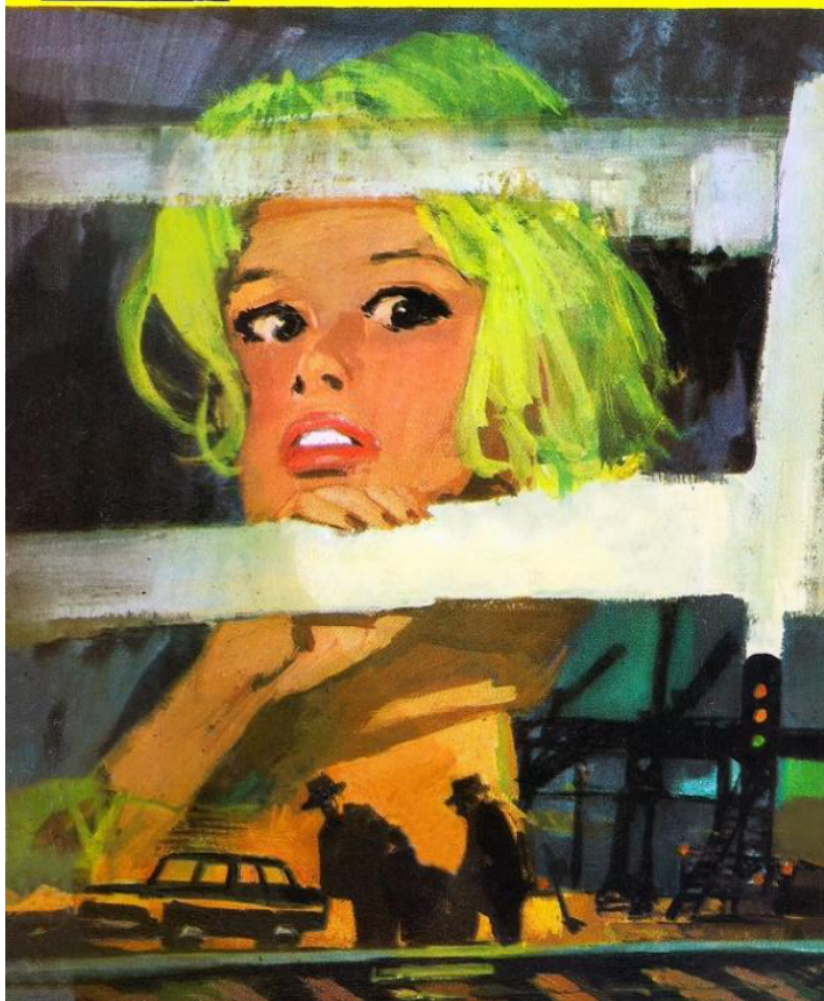




la muerte vestía minifalda

vic logan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

LA MUERTE VESTIA MINIFALDA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 399

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 38.349-1969

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: diciembre - 1969

© VIC LOGAN - 1969

texto

© DESILO - 1969

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección AMAPOLA:
901. - Los dardos de Cupido.
- En Colección ALONDRA:
814. - Una noche diferente.
- En Colección CAMELIA:
757. - No soy lo que tú crees.
- En Colección MADREPERLA:
1.065. - Lucha de sexos.
- En Colección PIMPINELA:
1.158. - Tu amor no tiene precio.
- En Colección ROSAURA:
1.111. - En el fango de la gran ciudad.
- En Colección LEGIONES BLANCAS:
268. - Fuga bajo el sol.
- En Colección KATRINA:
87. - Tu vida es mía.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
997. - Sin coartada.
- En Colección PUNTO ROJO:
389. - El último caso.
- En Colección ASES DEL OESTE:
549. - Mientras la sogá espera.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
680. - La recompensa maldita.
- En Colección KANSAS:
587. - El último testigo.
- En Colección BRAVO OESTE:
460. - Luchando por un futuro.
- En Colección CALIFORNIA:
669. - Barriendo la escoria.

CAPÍTULO PRIMERO

Jules Lavin nunca tuvo dificultades con las mujeres. Quiere esto decir que, para Jules, conquistar a una bella hija de Eva le resultaba singularmente fácil.

Claro, que del mismo modo que existen mujeres con *sex-appeal*, tampoco faltan hombres capaces de hacer volver las miradas de las más púdicas damas. Jules era de éstos.

Alto sin exceso, rondaba por el metro setenta y ocho, y su peso en plena forma era el de setenta y ocho kilos. La medida justa, según las estadísticas.

Y con tales kilos perfectamente repartidos en su cuerpo, que ya empezaba con un rostro varonilmente atractivo, de mirada indolente, escéptica y hasta burlona, continuaba con unas anchas espaldas, tórax bien desarrollado, buenos bíceps, caderas estrechas y musculosas piernas.

Bueno. Jules cuidaba mucho de su cuerpo. Resultaba lógico, siendo boxeador, militante en la categoría de los semipesados, y tenía un buen porvenir por delante en el oficio de sacudir mamporros al prójimo con licencia y técnica.

Claro, que lo del porvenir hubiese sido más seguro si Jules, además de cuidar su cuerpo, hubiera puesto más orden en su vida.

Pero el orden era una palabra totalmente inexistente en su vocabulario.

Al menos ese orden necesario para poseer la forma ideal que precisa todo deportista para realizar un brillante papel en una noble lid. Y aquí, justamente, aquí es donde las mujeres jugaban una importante baza en su vida. Porque...

Sí. Porque allí donde se encontraban unas piernas bonitas, se encontraba también Jules.

Y aquella tarde, una de tantas tardes, Jules tenía ante sí un par de bonitas piernas, cuya propietaria era Cristine.

La rubia Cristine lucía un precioso «desvestido», llamémosle bikini, que utilizaba casi siempre para tomar baños de sol artificial, tumbada en un diván, ante uno de esos aparatitos de rayos infrarrojos que sirven, entre otras cosas más útiles, para dar un tono bronceado a la piel, muy eficaz en vísperas del verano, para no lucir durante los primeros días de playa una piel de color blancuzco leche, que las modernas tendencias califican de poco agradable.

Bueno. Cristine había dejado sus baños de sol artificial para dedicarse a su profesión. Era masajista.

Jules era un asiduo cliente y, como de costumbre, a su lado el tiempo le pasaba sin darse cuenta.

—¡Las ocho y diez! —exclamó.

Y muy a pesar suyo, soltó a Cristine. La soltó porque antes la había rodeado entre sus brazos para besarla.

—¿Qué te ocurre, cariño? —murmuró ella.

—Una maldita insignificancia, preciosa. Dentro de veinte minutos exactamente me espera un tipo que se supone tengo que zurrar.

—¿Eh? —inquirió ella ingenuamente.

—¡Vamos! Dame la camisa o voy a llegar tarde.

—¿Boxeas esta noche?

—Es lo que estoy tratando de decirte, muñeca.

Se enfundó la camisa y la abotonó rápidamente, para entrar seguidamente al lavabo y peinar sus dúctiles cabellos.

Poco después salió para ponerse la chaqueta, tras cuya operación se aproximó nuevamente a la joven, cuya belleza es obvia describir, y la rodeó por el talle.

—Nos veremos pronto, ¿eh?

—Cuando gustes, Jules... Y ten cuidado.

—¿Cuidado... de qué?

—No dejes que tu contrincante te estropee ese precioso rostro —murmuró ella.

Después de besarla y guiñarle un ojo, Jules musitó:

—No hay quien pueda con Jules Lavin. No ha nacido quien pueda estropearle el físico.

Volvió a besarla, para salir enseguida y bajar a prendes zancadas la escalera del apartamento de Cristine.

Salió a la calle y se dirigió a su «Simca» aparcado en frente de la

casa.

Subió, puso el contacto y pisó a fondo el acelerador para ir directamente al Palacio de los Deportes, donde debía tener lugar su pelea de aquella noche.

Antes agitó el brazo para despedirse nuevamente de Cristine, que había salido al pequeño balcón.

—Volveré. Espérame. Tardo menos de una hora. Y tú misma podrás comprobar que mi rostro seguirá intacto.

—¡Vaya cara que te han puesto, amigo! Esto parece más bien un mapa topográfico.

Tendido en la mesa de masaje del vestuario del Palacio de los Deportes, Jules ofrecía un efecto deplorable. Y, por supuesto, muy distinto de cuando salió de casa de Cristine una hora antes.

—No hagas chistes, Luc, y dame un espejo —replicó de mal carácter el púgil.

Luc, su paciente cuidador, le complació.

—Contéplate, Apolo.

Después de verse en el espejo, Jules tuvo que cerrar los ojos para no lanzar un grito de rabia... o tal vez de espanto.

Nunca hasta entonces nadie había conseguido ponerle de aquel modo. Tenía el rostro lleno de hematomas, la nariz parecía más chata, el ojo izquierdo hinchado y completamente amoratado; un bulto adornaba su pómulo derecho y, además, tenía el labio partido.

En conjunto, un rostro deforme, propio para asustar al más valiente que transitara por un callejón oscuro, después de haber visionado una película de monstruos.

—Pediré la revancha. Ese alemán se acordará de esto de hoy.

—No culpes a Klaus Winker. Él estaba en forma. Tú, no.

—Y encima todavía me das la culpa. ¿Qué clase de preparador eres tú?

Luc, hombre de baja estatura, y que había pasado ya la cuarentena y conservaba en su rostro las huellas propias de quien ha pasado gran parte de su vida recibiendo y dando golpes en el *ring*, se encogió de hombros.

—Reconozco que soy una calamidad, Jules —murmuró con cierta timidez.

—es exactamente lo mismo que yo opino, Luc.

El preparador se volvió en redondo y tiró al rostro de su amigo

la toalla que tenía entre sus manos.

—¿Sabes por qué soy una calamidad? Porque no te he dado a tiempo la paliza que mereces. He perdido las horas poniéndote en forma y enseñándote todo lo que tiene que saber un buen púgil. Te he dejado siempre en buenas condiciones de ser un campeón que enorgullezca a Francia, y tú... ¿Qué has hecho? Irte por ahí de juerga, bebiendo, bailando y todo lo demás... Y así gastas tus fuerzas, en vez de cuidarte.

Jules se incorporó lentamente, adoptando un aire más bien modesto.

—Bueno... En algo hay que divertirse, ¿no te parece?

—¡Divertirte! Sólo piensas en esto. Cuando uno quiere ser campeón tiene que sacrificarse. ¡Sacrificio! ¿Sabes lo que significa esta palabra?

Luc estaba visiblemente enojado. Consideraba como suya la derrota de su pupilo.

Y Jules sabía que cuando su preparador se ponía de aquel modo resultaba mucho más práctico no llevarle la contraria.

Bueno, al fin de cuentas su amigo y preparador estaba cargado de razón.

—A pesar de lo que tú digas, yo me siento en forma —murmuró Jules para decir algo.

—Has tenido una extraña manera de demostrarlo. El alemán te ha «bailado» a su antojo.

—Pero no me noqueó.

—¡Qué consuelo! —sonrió, irónico, Luc.

—¡Nadie ha logrado noquearme! —exclamó Jules—. Y es sólo el segundo combate que pierdo en mi vida.

—Y perderás muchos más si no sigues mis consejos.

Jules se puso en pie para vestirse.

Sentía dolores en todo el cuerpo, como consecuencia de los golpes recibidos, pero no exteriorizó su pesar.

—Desde hoy te obedeceré ciegamente —cementó resignado.

Luc sonrió.

—¡Claro! Lo harás mientras te mires al espejo y te veas ese rostro. Con tu físico asustarías a las chicas.

Jules se abstuvo de replicar.

En el fondo, su amigo seguía teniendo toda la razón del mundo.

Sí, Luc siempre tenía razón.

Pero... ¿qué iba a hacerle si él era así?

Sí. En verdad su rostro deforme sería lo único que le impediría volver a las andadas.

Pero ninguno de los dos —ni Jules ni Luc— contaban con que ya había una nueva candidata en perspectiva. Una candidata voluntaria que tenía un especial interés en dejarse conquistar por Jules.

Y, además, poseía un arma definitiva: su belleza.

CAPÍTULO II

Zaida Abderran concluyó con moruna coquetería la tarea de acicalarse.

Contempló su imagen en el espejo. Sus ojos grandes, su largo y sedoso cabello negro. Su cuerpo esbelto como una pura filigrana... En fin, toda su figura resultaba perfecta.

Más de un jefe de Kabila quiso añadirla a su colección de esposas, pero Zaida seguía... soltera.

Zaida, aunque árabe de nacimiento, poseía la nacionalidad francesa. Bueno, poseía también otras nacionalidades, y un nombre distinto para cada uno de los pasaportes que guardaba en su equipaje y que usaba según los casos. Ésa era una de las razones por las que nunca quiso formar parte de un harén. Ella ambicionaba algo más.

Tras el arreglo salió al salón, donde la esperaba aquel tipo de pequeños ojillos y corpachón gigantesco.

La observó de arriba abajo.

—Tan hermosa como siempre —murmuró el hombre, fijando su atención en la ceñida minifalda de Zaida.

—Mi querido Laszlo, no estás en mi casa para prodigarme tus halagos, que me conozco de memoria.

Se acercó a su bar particular para servirse un *Chartreuse* amarillo.

El hombre, que seguía observándola, murmuró:

—Siempre es agradable contemplar a una mujer hermosa, y puede compaginarse perfectamente con el trabajo.

Zaida sentóse en uno de los cómodos butacones del refinado y lujoso salón, tomó un sorbo de su *chartreuse* y cruzó las piernas, murmurando en tono imperativo:

—¡Vayamos al asunto!

—El asunto —replicó su visitante— está en marcha. Pero entre

conseguir la llave falsa y otros pormenores propios del caso, tardaremos como mínimo una semana.

—Hay tiempo. Jules Lavin tardará bastante más en estar dispuesto a tomarse la revancha del combate contra el alemán —murmuró ella, tras tomarse otro sorbo del contenido de su copa.

—¿Has entrado en contacto con él? —inquirió el hombre.

—No, todavía no —sonrió ella de un modo enigmático. Y añadió —: Después de cómo le han dejado el rostro, no me pareció el mejor momento para entablar relaciones.

—¡Envidia a ese tipo! —Gruñó Laszlo.

—¿De veras? —murmuró, irónica, Zaida.

—Sí. Tendrás que mostrarte muy «amable» con él. Lavin no es de los que se conforma sólo con hablar.

—Tú no te preocupes... Yo sé cómo tratar a los hombres como Lavin.

—¡Eres hermosa, Zaida! —exclamó aquel tipo, levantándose para ir hacia ella.

Ella le contuvo con un ademán, sin moverse de su postura.

—Quieto, Laszlo. Todavía tenemos mucho que hablar de lo nuestro... ¿verdad?

—Sí... Lo que tú digas —replicó el hombre de mala gana.

Ella atajó:

—El servicio de seguridad francés no está compuesto por ineptos, precisamente. Tendréis que ir con mucho cuidado.

—Lo tendremos. Ninguno de nosotros está fichado.

—Pero vuestros pasaportes son extranjeros —atajó Zaida rápidamente.

—Por eso estás tú aquí, hermosa. Entre tus pasaportes figura uno que es francés, y nadie sospechará ni remotamente de ti, porque nada te une a nosotros... en apariencia.

—Bien. Entonces será mejor que no nos vean juntos a partir de ahora.

—En las dos veces que he venido a tu casa nadie me ha visto salir ni entrar del edificio.

—Aun así, es mejor que no vuelvas —insistió ella, poniéndose en pie y alisándose su ajustada falda—. Si algo falla, no quiero correr ningún riesgo. Ése es el trato. Oficialmente seguiré siendo una modelo francesa que trabaja en Estados Unidos y que ha venido a

pasar sus vacaciones en su tierra.

—Como quieras. Cuando llegue el momento recibirás la señal. Ya sabes.

—Sí. Una postal de la Torre Eiffel.

—Exacto. Entonces te pondrás en contacto con nosotros, donde tú ya sabes.

—De acuerdo, Laszlo —replicó ella, avanzando hacia el vestíbulo con intención de despedir a su visitante.

Laszlo obedeció resignado. El habría pasado largas horas en compañía de la bella, pero Zaida era demasiado dominante y pertenecía a la clase de mujeres difíciles de dejarse embaucar.

Ya a solas en su lujoso y moderno apartamento, Zaida buscó debajo de una mesita un periódico deportivo atrasado.

Lo desdobló y fijó su atención en una de sus páginas. En ella venía el retrato de Jules Lavin, esgrimiendo sus puños.

Zaida sonrió.

—No está nada mal —murmuró para sí—. Espero que se restablezca pronto.

CAPÍTULO III

—Un dos un dos, un dos —repetía rítmicamente Luc, mientras: corría acompasado junto a Jules.

La marcha tenía lugar en un camino vecinal, en plena campiña y a pocos kilómetros de París.

El aire era sano y la forma del semipesado había mejorado ostensiblemente durante aquellos entrenamientos llevados a buen ritmo.

Dos semanas al aire libre, vida sana, alimentos naturales y, por supuesto, liada de saliditas nocturnas habían sido suficientes para operar el cambio.

En cuanto a su rostro, también habían desaparecido de él las huellas de la paliza recibida de su último contrincante en el *ring*.

El camino vecinal se internaba por un bosquecillo de pinos, y allí Jules puse punto final a su carrera para sentarse, apoyando la espalda al tronco de un árbol.

—¿Cansado? —preguntó su cuidador, sentándose a su lado.

—En absoluto —rió Jules—. Apuesta lo que quieras que podría seguir corriendo hasta París.

—De todos modos, no conviene forzar el tren.

Jules se encogió de hombros y sacó de uno de sus bolsillos un estuchito que contenía un espejo.

Se miró, comprobando una vez más que su aspecto volvía a ser completamente normal.

Cerca de donde estaban, aproximadamente a unos trescientos metros, pasaba la carretera general, y ninguno de los dos hombres había advertido el automóvil que se desvió para tomar el sendero que discurría hasta la casa, pasando por donde ellos se encontraban.

El auto se detuvo en un recodo del camino y su único ocupante se apeó.

Lo primero que hubiese visto cualquiera que se encontrara

cerca, hubieran sido aquel par de bien torneadas piernas que la mujer mostró al bajar del coche.

La mujer era Zaida.

Avanzó hasta el punto desde el que podía observar perfectamente al boxeador, que seguía departiendo con su amigo y cuidador.

El airecillo suave atrajo hacia los dos hombres un trozo de periódico que alguien debió utilizar como envoltorio de algo.

El retazo de papel llegó hasta los pies de Jules, que lo tomó distraídamente.

Llevaba la fecha de una semana atrás. Jales lo repasó someramente y se fijó, sin darle demasiada importancia, en unos pequeños titulares de la crónica de sucesos.

«ASESINATO DE DOS GUARDIANES»

El texto que seguía a continuación daba cuenta del robo de la maqueta del nuevo proyectil francés, impulsado por un combustible desconocido hasta la fecha, y cuyas pruebas todavía no habían sido realizadas.

Seguía la información haciendo conjeturas sobre los posibles ladrones, que bien podían ser agentes de alguna potencia extranjera, o quizá personas sin escrúpulos, profesionales del espionaje, dispuestos a vender la mercancía al mejor postor.

Con la maqueta había sido sustraída también la fórmula original del nuevo combustible.

Terminaba la reseña diciendo que los agentes de la seguridad nacional realizaban unas activas gestiones para detener a los culpables.

Si bien esa clase de noticias no es frecuente que se publiquen en los periódicos, por motivos de seguridad, la presente información sin duda se debía a alguna indiscreción de alguno de los miembros de la fábrica; o tal vez de los familiares de las víctimas, los dos guardianes muertos durante el robo.

Naturalmente, como medidas preventivas, en todas las fronteras se ejercía una vigilancia rigurosa, tanto en trenes como en automóviles, y también, claro está, en los aeropuertos.

Jules arrugó el periódico y lo tiró lejos.

—¿Espías? ¿De veras existen los espías? —murmuró.

Luc se encogió de hombros.

—¡Claro! ¿No lo sabías?

—Eso de los espías siempre me ha sonado a novela.

—Es un trabajo como cualquier otro —replicó Luc, sin darle demasiada importancia.

—Tener que andar escondiéndose y fingir todas esas cosas es algo que no puedo comprender. Yo estoy acostumbrado a dar la cara. Me pego con el contrincante, pero sin argucias, sin hipocresías. Es más limpio.

—Eso sí —admitió Luc.

—Nunca sería espía por nada del mundo —replicó Jules.

Luc se incorporó.

—Vámonos.

—Se está bien aquí. Me quedará un ratito más. Dí que preparen la comida. Empiezo a notar un vacío en el estómago.

Luc sonrió.

—Está bien. Hasta luego. No tardes, ¿eh?

Jules le despidió con la mano, mientras se recostaba con la espalda contra el suelo.

Estuvo un ratito mordisqueando un palito. En aquellos momentos sus pensamientos estaban completamente en blanco.

Quizá durante unos segundos pensó en Cristine, o en cualquiera de las muchas chicas con las que probablemente le gustaría encontrarse. Pero se dijo mentalmente que unos días de vida sana tampoco le iban mal.

Después de todo, sentía unos enormes deseos de tomarse la revancha con el púgil alemán que le vapuleó, y para ello necesitaba estar en plena forma.

No oyó los pasos que se acercaban a espaldas suyas.

Era Zaida.

Al verla entornó los ojos y frunció el entrecejo.

¿Era una aparición?

Una mujer tan hermosa no podía ser real.

Pero lo era.

Era Zaida.

—Perdón... Creí que estaba dormido —murmuró la bella.

Jules se incorporó de un salto.

—¿De dónde sale usted? ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó solícito, mirando de hito en hito a la mujer.

—Creo que me he perdido —mintió ella—. Dejé la carretera y me interné por el camino porque alguien me dijo que por aquí encontraría unas casas, y un terreno en venta. Debo de haberme equivocado.

Hizo una pausa sin que él dejara de mirarla, y siguió:

—Bueno —carraspeó—. Le vi a usted y decidí preguntárselo, pero estaba con los ojos cerrados y...

—Y puedo asegurarle —atajó él— que cuando apareció usted se me abrieron de golpe.

—¿No le he molestado? —inquirió ella, fingiendo una falsa e ingenua modestia.

—Al contrario —sonrió picarescamente Jules.

—Bueno... Si pudiera usted indicarme lo que ando buscando...

Zaida seguía empleando el mismo tono tímido.

—No. No conozco, en absoluto, ninguna casa o terreno en venta por estos alrededores. Pero preguntaremos juntos, si usted me lo permite.

—Es usted muy amable —sonrió ella.

Jules se inclinó cortésmente.

—A propósito, mi nombre es Jules. Jules Lavin —se presentó.

—Me llamo Corine Blanchard —replicó ella, tendiéndole la mano.

Ése era, en efecto, el nombre de su pasaporte francés.

Zaida añadió:

—Mi coche está al otro lado.

—¡Magnífico! Daremos un paseo —sonrió Jules, que ya empezaba a ver en aquella hermosa mujer una futura y no lejana amistad.

En aquellos momentos el púgil se había olvidado de su entrenamiento y también de su próximo contrincante. Sólo tenía ojos para la chica que estaba a su lado.

¡Y qué chica!

Llegaron hasta el auto.

—¿Quiere conducir usted? —le invitó ella—. No sé exactamente dónde vamos.

—¡De acuerdo!

Se sentaron en la delantera del vehículo y él empuñó el volante para ponerlo seguidamente en marcha hacia la carretera general.

A menos de cinco kilómetros había una estación de gasolina y allí se detuvieron.

Jules bajó para preguntar.

—Hay una urbanización a unos ocho kilómetros, quizá sea esto lo que buscan —informó el encargado.

Jules regresó al coche y lo indicó a Zaida. Bueno, Corine para él. Se dirigieron hacia la indicada urbanización.

Aquello estaba prácticamente en los comienzos y ella, naturalmente, dijo que era otra cosa lo que buscaba.

Lo que no dijo fue que lo que en realidad había ido a buscar era precisamente a Jules.

Siguieron buscando, no obstante, ya que Zaida siguió la comedia.

A Jules no le importó, ni mucho menos, el tiempo que transcurría, puesto que se encontraba perfectamente cerca de aquella mujer.

Jules condujo el automóvil y, de vez en cuando, desviaba su atención de la carretera para fijarse en las preciosas rodillas de su compañera.

—No se distraiga —sonrió ella.

—¿Le han dicho que es usted muy hermosa, Corine? ¿Puedo llamarla así, verdad?

—Sí, Jules, puede llamarme así —replicó ella, nombrándole también por el nombre de pila.

Y alternando su mirada entre el cristal parabrisas y la muchacha, no observó el coche que parecía ir siguiéndoles. Era un descapotable modelo americano, y su conductor, a juzgar por su aspecto, no parecía ser hombre de buenas intenciones.

Su rostro semejaba la caricatura de un *gángster*.

¡Y le seguía!

«¿Quién diablos era aquel tipo?», se hubiese preguntado Jules de haberse dado cuenta, pero estaba demasiado atareado con su bella compañera... Bella y peligrosa, aunque él también lo ignorase.

CAPÍTULO IV

Luc había hecho un par de viajes al bosquecillo, buscando inútilmente a Jules.

Cuando regresó a la casa por tercera vez, exclamó:

—¿Dónde diablos se habrá metido ese inconsciente?

La buena mujer que atendía a ambos hombres y que les había cedido parte de aquella casa de campo, a la par que cuidaba de su alimentación, replicó:

—Coma usted, Luc.

—¡Pero es que parece increíble! Lo dejé allí. Debía llevar alguna idea en la cabeza. ¡Maldita sea! Le conozco. Es incapaz de aguantar un par de semanas sin hacer alguna de las suyas. Apuesto a que estará en París.

Pero Luc se equivocaba aquella vez.

Jules no estaba en París.

En aquellos precisos instantes estaba degustando un buen filete en la parrilla del restaurante de un motel.

Naturalmente no almorzaba solo.

Ella estaba a su lado. Ella era Zaida.

El *maître* les miraba con cierto aire despreciativo. ¡Comer carne a la parrilla!

¡Qué vulgaridad!

Sobre todo para un restaurante con la fama de tener la mejor cocina de la comarca.

Carne a la parrilla resultaba demasiado... plebeyo.

—En mi profesión, uno no puede comer siempre lo que desea —murmuró Jules, dirigiéndose a Zaida, y añadió—: Claro, que nunca he sido demasiado escrupuloso con mi régimen, pero hoy siente remordimientos de conciencia por culpa del bueno de Luc.

—¿Luc es... su preparador? —preguntó ella, obsequiándole con

una amplia sonrisa.

—Y mi mejor amigo.

—¡Oh! Lo siento. Por mi culpa, usted no está con él...

—¡En, eh! —protestó Jules—. Mis remordimientos no llegan tan lejos. Particularmente prefiero la compañía de usted, Corine. Por eso estoy aquí.

—Pero yo he sido la culpable de que usted no esté con su amigo.

—No lo sienta en absoluto. Esto ha sido como un justo premio a mi buen comportamiento. Me parece que estoy comiendo con un ángel.

—Es usted demasiado amable —runruneó ella.

—Tal vez porque es usted demasiado bonita —la galanteó él.

—¡Jules! Es usted incorregible.

Evidentemente, el joven había ido ganando terreno —al menos eso creía él—, ignorando que de hecho todo ese «terreno» ya lo tenía ganado desde el principio, porque aquélla no era una conquista corriente, ya que en verdad el único conquistado era él mismo.

Bueno, más que conquistado, entrampado. Ésa era la palabra justa.

—Tengo que confesarle una cosa —dijo Jules de pronto.

—Diga.

—No siento en absoluto que no haya dado con esos terrenos que buscaba.

—¿Por qué lo dice?

—Porque así me dará oportunidad de que volvamos a vemos.

—¡Oh, no! —exclamó ella—. Desisto de buscarlos. En realidad, no me importaban demasiado. Era sólo para hacer una inversión. He conseguido ahorrar algún dinero y...

—¿A qué se dedica? —atajó él, y añadió—: Hasta el momento sólo le he hablado de mí, pero no sé nada de usted.

—Soy modelo. Trabajo en los Estados Unidos, ahora estoy de vacaciones.

—¿Modelo?

—Sí.

Él había sonreído pícaramente y Zaida se apresuró a añadir:

—Mi trabajo es serio.

—¡Oh!

La conversación continuó por un camino trivial antes de que Jules hiciera su proposición.

—Sería una lástima desperdiciar este día.

—¿Qué quiere decir?

—Que me gustaría seguir a su lado.

—¿Qué? —sonrió ella con fingida timidez.

—¿Tiene algún plan? —preguntó él.

—No. Pero usted debe seguir aquí. Recuerde su «forma».

—¡Al diablo con la «forma»! Estoy fuerte. Nada me impide que le dedique este día.

—Pero... ¡Jules! Si apenas nos conocemos —murmuró ella.

—Ya tendremos tiempo, Corine... Ya... tendremos tiempo —sonrió él, guiñándole un ojo.

En otra mesa el individuo con cara de caricatura parecía muy absorto leyendo un periódico, aunque en realidad toda su atención se centraba en la pareja que seguía sin reparar en la presencia del extraño sujeto.

Y llegó la hora de abonar la cuenta.

—¡Demonio! —exclamó el púgil.

Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que no llevaba un mal franco en su bolsillo.

Era lógico.

Mientras se entrenaba no necesitaba de ningún dinero, puesto que se limitaba a corretear por la campiña; y todo aquello había sucedido tan rápido...

—Espero que alguien me reconozca. De algo debe servirme gozar de cierta popularidad.

Zaida le atajó:

—Deje. Yo llevo dinero.

—¡Guárdelo! Nunca permito que una dama me invite.

—Acéptelo como un préstamo, Jules —protestó ella suavemente.

Jules sonrió, añadiendo:

—De acuerdo. Pero esto le obliga a dedicarme el resto del día. Lo primero que haremos será ir a mi apartamento. Me cambiaré de ropa y cogeré el dinero.

Ella aceptó sin más protestas.

Poco después abandonaron el restaurante.

A prudente distancia el hombre de rostro *gangsteril* les siguió

nuevamente.

Les vio alejarse con el auto, pero aquélla ven ya no hizo nácia para seguirles.

Volvió al interior del restaurante y preguntó por el teléfono.

Le indicaron una cabina.

Entró, marcó un número y pidió comunicación con París.

Cuando obtuvo el número deseado, murmuró a través del auricular:

—Todavía no sé lo que «ella» se propone, pero lo cierto es que no se ha acercado a Jules Lavin por pura coincidencia.

Una voz al otro lado del hilo replicó:

—Sigue vigilando, Cooper. Es necesario que sepamos lo que se propone.

—De acuerdo. Oí cómo él le decía a la chica que se iba hacia su casa. No les perderé de vista.

—Ten cuidado —aconsejó la voz del teléfono.

—Lo tendré —replicó el de la cara de caricatura, colgando seguidamente el auricular.

CAPÍTULO V

—¡Oh! Se me han roto las medias —exclamó ella en el *living* del apartamento de Jules.

Observó la larga carrera que se había formado en el finísimo nylon.

Jules sonrió.

—Le buscaré un par —dijo.

—¿Es que tú usas medias? —replicó ella.

—Son de una prima mía —siguió Jules, ampliando su sonrisa—. Verás... ¿qué talla usas?

—Nueve y medio.

—¡Justo! Creo que es ése su número. Voy por ellas.

Jules buscó en el cajón de un mueble donde guardaba medias de todos los colores y tallas. Tomó las que le parecieron más indicadas para la joven.

—Toma —dijo.

La mujer se lo agradeció con una sonrisa, mientras inició la acción de cambiarlas por las que llevaba.

En todo momento sus acciones y sus gestos revestían una estudiada coquetería para tener al púgil en sus manos. Formaba parte de su plan.

De la película, Jules apenas se enteró, porque sus ojos sólo miraban a la mujer.

El habría preferido elegir otro lugar, pero fue Zaida la que se empeñó en ir al cine.

En un momento dado, Jules la besó y ella no mostró la menor sensación. Quiso repetir la experiencia.

—¡Oh, Jules! Estate quieto... —sonrió ella.

¡Aquella mujer le enloquecía!

Bueno, la verdad es que Zaida habría enloquecido a cualquiera.

Pero mientras...

En la sala había otro hombre que tampoco hubiese podido explicar el argumento de la película... Era Cooper. El tipo de rostro de caricatura que no les había perdido de vista ni un solo instante.

Cuando salieron del «cine», tomaron el coche de Jules, puesto que habían efectuado el cambio al salir del apartamento del púgil.

El la acompañe hasta su casa.

Subieron juntos, a instancias de Jules, para tomar la última copa.

Pero ella le despidió enseguida.

—Estoy cansada. Te lo ruego, Jules. Déjame ahora, por favor.

Y aunque él insistió en quedarse un poco más, al fin tuvo que ceder. Sin embargo, antes de marchar, Jules propuso:

—Hagamos una cosa. Hemos dejado tu coche en el garaje de mi apartamento. Pues bien, yo iré a por él y te lo traigo.

Zaida asintió con una sonrisa.

—Está bien. Tú ganas.

—¿Lo necesitas pronto?

—¡Oh, no! Por lo menos no me levantaré hasta mediodía.

—Bien, entonces almorzaremos juntos —replicó él. Zaida asintió de nuevo.

El púgil la atrajo nuevamente hacia sí para darle el último beso de la noche.

Pero nada...

Zaida había echado definitivamente el freno. Esquivó suavemente.

¿Y qué iba a hacer Tules? Pues aguantarse y marchar definitivamente de la casa.

De todos modos, al descender la escalera se restregaba las manos pensando en el día siguiente.

Creía firmemente que la tenía en el bote.

Y ni remotamente podía ocurrírsele que allí el único cazado era el mismo.

Zaida salió de nuevo a la calle tan pronto como Jules desapareció con el coche.

Anduvo un par de manzanas y esperó el paso de un taxi, que no tardó en aparecer.

De la esquina inmediata salió el tipo de rostro *gangsteril*, llamado

Cooper, y se dispuso a seguir al taxi.

El vehículo se detuvo en la plaza de la Concordia. Zaida se apeó y se mezcló entre la multitud de coches aparcados.

Buscó uno determinado.

Era un «Peugeot» a cuyo volante aguardaba el tipo de pelo rapado y ojillos diminutos, que respondía al nombre de Laszlo.

Una vez ella se hubo sentado en silencio a su lado el hombre puso el auto en marcha.

—¿Lo conseguiste? —inquirió simplemente.

Zaida contestó:

—Haré de Jules lo que quiera.

—Está bien. Esta noche te llevarás «el juguete» a tu casa. Es peligroso que lo sigamos guardando nosotros.

Zaida asintió.

Seguían por los Campos Elíseos, cuando Laszlo miró varias veces a través del retrovisor.

—¡Maldita sea! Nos siguen... —exclamó.

Zaida se volvió para mirar.

—¿Ese descapotable? —preguntó.

—Sí. ¿Lo has visto antes?

—No sé... No me fijé.

—Pues debiste fijarte —espetó Laszlo.

—Lo siento. Nadie tiene motivos para seguirme. Tú me aseguraste que nunca te habían visto entrar o salir de mi apartamento.

—Así es. Pero las precauciones nunca están de más, nena.

—Quizá no nos sigue —murmuró ella.

—Enseguida lo sabremos —respondió Laszlo.

Pisó el pedal del acelerador.

Al incrementar la velocidad del automóvil, el descapotable apretó a su vez la marcha.

El de los ojillos diminutos continuó acelerando. Dobló un par de esquinas, para volver al mismo sitio.

El descapotable seguía detrás.

A Laszlo ya no le cupo la menor duda. ¡Les estaban siguiendo!

Aumentó la velocidad de su «Peugeot» pasando un semáforo en el último momento, cuando cambiaba la luz verde por la roja.

El seguidor vaciló un instante, pero acabó saltándose la luz roja.

No había ningún gendarme y, por tanto, no se exponía a ser perseguido. Sin embargo, su ligera vacilación había dado una pequeña ventaja a Laszlo, el cual pensó sacar partido de ella.

Detuvo el «Peugeot» en un callejón e hizo bajar a la mujer.

Los dos corrieron para ampararse en las sombras, mientras el descapotable se acercaba.

El hombre del rostro caricaturesco se apeó, detrás del coche aparcado.

La calle estaba completamente desierta.

Echó una ojeada al callejón y tuvo una sospecha.

Se adentró por él, al tiempo que buscaba la protección de una automática que sacó de una funda sobaquera.

Trató de adaptar sus ojos a la oscuridad.

Siguió alanzando.

Cuando advirtió el peligro era ya tarde para esquivarlo.

La mole se le echó encima.

Era Laszlo con toda su poderosa corpulencia.

El compañero de Zaida trató de atizarle un par de buenos golpes de karate, que Cooper sólo pudo esquivar a medias. Sin embargo, consiguió echarse al suelo y desde ahí le encañonó con la automática.

La cosa iba en serio.

Laszlo lo comprendió así, porque con increíble agilidad se hizo a un lado, mientras en la oscuridad del callejón resonaban un par de disparos.

Segundos después se producía una tercera detonación.

Aquella vez había partido de la «Luger» de Laszlo. Su disparo, más certero, encontró el blanco: Cooper. EL hombre de rostro caricaturescamente *gangsteril*, ya no podría seguir a nadie más en su vida.

Allí en el suelo, inmóvil, vivía los últimos instantes de su vida.

Laszlo hizo una seña a Zaida, que había sido espectadora de la escena.

En el rostro de la mujer no existía la menor emoción. Frialidad absoluta, como si no le importara lo más mínimo el que un hombre acabara de morir violentamente.

Ambos salieron del callejón en dirección al «Peugeot».

—Larguémonos antes de que lo descubran —dijo él.

Evidentemente, los disparos atraían ya a una pareja de gendarmes que corrían hacia el lugar de donde habían procedido.

Laszlo puso en marcha el coche, mientras en el callejón, a trancas y barrancas, Cooper, en un postrero esfuerzo, intentaba huir a rastras, dejando tras de sí un reguero de sangre.

Una pequeña salida, estrecho paso entre dos tabiques, comunicaba con unas casas en construcción en mitad de un campo lleno de escombros. Cooper consiguió cruzarlos.

Con los ojos nublados por la muerte, que ya tenía fijado su plazo, creyó adivinar un luminoso a lo lejos.

Tras arduos esfuerzos logró llegar hasta allí.

Entró dando tropezones y la escasa concurrencia, sin duda, le tomó por un borracho; hasta que todos se dieron cuenta de la huella sangrienta que iba dejando a su paso.

Cooper llegó hasta la cabina telefónica del local.

Tuvo todavía arrestos para introducir una ficha y marcar un número.

Intentó hablar cuando descolgaron al otro lado del hilo.

Apenas si consiguió pronunciar un par de palabras, pero fue reconocido por la persona que estaba al otro lado del hilo.

—¡Cooper, Cooper! ¿Qué ha pasado? —murmuró la voz.

El aludido ya no pudo responder.

Soltó el auricular y se desplomó.

¡Había muerto!

CAPÍTULO VI

Jules esperó pacientemente a que Luc hubiera soltado todo el veneno que llevaba dentro.

Consideraba plenamente justificados los reproches de su amigo y entrenador.

—A mediodía te esfumas y no compares hasta las once de la noche. ¡Qué bonito! Yo sacrificándome y tú por ahí...

—Digamos que he hecho una simple escapadita sin importancia.

Luc dio por terminado el sermón. Se encogió de hombros y se dejó caer en una silla.

—Es igual. Haz lo que quieras, pero me alegrare que dentro de un par de semanas, cuando te enfrentes de nuevo con el alemán, se repita la sesión de la otra vez. ¡De veras que me alegraré! Lo mereces.

—No se repetirá, Luc.

—Ya veremos —refunfuñó Luc.

Jules tuvo que escapar poco menos que furtivamente como si se evadiera de un campo de concentración.

Ante todo quería evitar las iras de su buen amigo.

Eran cerca de las once y había quedado con Zaida —Corine para él— en encontrarse al filo del mediodía.

Así que pudo despistar a Luc, corrió hacia el coche y apretó el acelerador sin piedad.

Claro, que antes había dejado una notita a su amigo:

«Tengo que hacer un recado muy importante. Tú no lo comprenderías. No temas por “mi forma”».

La nota tal vez no sirviera de mucho, pero por lo menos Luc sabría que ya no debería esperarle en todo el día.

Jules llegó a París cuando todavía faltaban unos minutos para las doce, y fue directamente al garaje para cambiar su automóvil por el de Zaida, tal como habían quedado la noche anterior.

Apenas quince minutos antes, a las once y treinta y cinco exactamente, Zaida se había decidido a curiosear, mujer al fin, el paquetito que la noche anterior recogiera de manos de los amigos de Laszlo.

Era un envoltorio de cartón ondulado, de unos cuarenta centímetros de largo por doce de ancho.

Sacó con cuidado el embalaje y apareció dentro de la caja un extraño artefacto de forma cilíndrica.

A simple vista aquello podía tomarse por adorno propio de la mesa de un despacho, o quizá como un caprichoso guardapitillos.

Se sostenía por tres patas y todo él estaba construido en aluminio, por lo que su peso era relativamente nulo.

Lo dejó sobre la mesa y lo observó desde ángulos distintos.

Sí. En efecto. Aquel juguetito era ni más ni menos que un cohete en miniatura, un nuevo cohete que mediante el impulso de un combustible especial, podía alcanzar distancias insospechadas.

Volvió a colocarlo en su sitio y lo embaló convenientemente, y después fue en busca de su bolso y sacó un diminuto cliché enrollado, que desplegó. Era de forma cuadrada y no medía más de un centímetro por lado.

En aquel insignificante espacio se contenía nada menos que las instrucciones de cuatro folios mecanografiados a doble espacio, con la fórmula del nuevo carburante para aquel cohete.

Guardó nuevamente el mini-cliché y lo introdujo en un hueco especial del pequeño solitario que lucía en su anular izquierdo.

El departamento estaba entre el aro de oro y un falso brillante engarzado en una pieza movable que dejaba al descubierto el hueco suficiente para esconder el microfilm.

En apariencia era un anillo normal y corriente y nada hacía sospechar que existiese resorte alguno.

Diez minutos más tarde, Zaida salió de la casa y se encaminó hacia el garaje donde Jules había encerrado el auto. En la acera de enfrente había un bar; se metió en él y aguardó.

Jules llegó a las doce en punto.

Cambió su coche por el de Zaida y volvió a salir.

Fue entonces cuando Zaida salió del bar y se encaminó hacia el garaje.

Para no ser vista utilizó la puerta del callejón contiguo y bajó la escalera que conducía hasta el primero de los sótanos del aparcamiento, y allí buscó el coche que el púgil acababa de dejar.

Asegurándose de que nadie reparaba en su presencia se acercó al automóvil de Jules.

Una vez junto al coche, abrió la puerta posterior y se introdujo en el interior.

Siempre atisbando hacia fuera para cerciorarse de que nadie la observaba, consiguió levantar el asiento.

Allí había un par de mantas usadas y otros trapos pringosos.

Depositó el paquete que contenía el cohete en miniatura bajo las mantas y colocó seguidamente el asiento en su forma normal.

La operación había concluido.

Con el mismo sigilo, y utilizando idéntico camino que el que había tomado para entrar, Zaida salió de nuevo a la calle.

Tomó un taxi y se hizo conducir hasta su apartamento.

Jules la estaba esperando junto al coche.

—Creí que me habías dado esquinazo —sonrió al verla aparecer.

—¡Oh! No me conoces bien, Jules. Yo siempre cumplo mis promesas. Lo que ocurre es que he tenido que salir un momento.

—No se hable más. Aquí tienes tu coche. ¿Subimos primero a tu casa? —murmuró él, iniciando ya la marcha hacia la puerta del edificio.

Zaida no se movió.

—No, no. Prefiero que vayamos a tomar el aperitivo en cualquier parte.

—¿No hay nada en tu casa? —insistió él.

—Nada en absoluto. ¡Anda, vámonos!

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Jules, antes de entrar en el auto de la muchacha.

—De acuerdo. Llévame donde te apetezca. Tú mandas —sonrió ella con generosidad.

En la oficina del comandante Lauden, del servicio de seguridad, el agente Jean Marigny daba cuenta de sus últimas pesquisas.

—Es casi seguro que el hombre que fue encontrado anoche, asesinado, en la cabina telefónica del bar, está estrechamente

relacionado con el asunto.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó Laudon.

—Poseía varios nombres. Aunque todos le conocían por Cooper. Su verdadera nacionalidad es polaca.

—Sí, sí —cortó el comandante—. Conozco el historial. Últimamente había trabajado para cierta organización internacional.

—En realidad, señor, Cooper es de los que trabajaban para el mejor postor. El mundo se ha librado de un mal sujeto.

—Pero si Cooper estaba mezclado en esto... ¿quién diablos le mató?

—Yo diría más bien, señor —interrumpió el joven y dinámico Marigny—, que quien le liquidó es el que está relacionado con el asunto. A Cooper le mataron en un callejón, posiblemente porque andaba siguiendo a alguien.

—¿Averiguaron para quién trabajaba Cooper en esta ocasión?

—Es difícil. Cambia de jefe muy a menudo. Hemos detenido a varios de sus antiguos amigos y colaboradores. Están abajo. Si quiere interrogarles usted...

—¿Lo han hecho ya ustedes?

—Sí, señor. Y todos afirman categóricamente que llevaban mucho tiempo sin tratar con él.

El comandante se mesó los cabellos.

—¡Hummm! Del callejón al bar existe alguna distancia...

—Unos cuatrocientos metros, señor —replicó Marigny, mostrando el pequeño plano confeccionado que indicaba la ruta seguida por el moribundo Cooper.

—Es evidente que Cooper quiso telefonar a alguien, y puede que lo consiguiera.

Marigny asintió.

—Posiblemente a su jefe.

El superior de Marigny se levantó y dio unos pasos por la estancia.

—Si la maqueta del cohete sale del país con los datos de la fórmula, las consecuencias pueden ser terribles. ¿Se da cuenta?

—Sí, señor —respondió el agente, asintiendo—. Ya he hablado con el profesor Staninger. Ahora conozco bien el alcance de ese artefacto.

—Es un ingenio que podría volar durante semanas, dando vueltas a la tierra, y dispararlo en el momento preciso con precisión matemática. Un arma en verdad peligrosa.

Marigny palió el peligro, diciendo:

—Staninger no tiene la certeza absoluta de que su proyecto de resultado. Para él es sólo eso: un proyecto.

—Aun así —replicó gravemente el comandante Laudon—, es necesario encontrarlo, recuperarlo. Tiene pianos y absolutos poderes, Marigny. Úselos.

Hizo una breve transición, y añadió:

—Yo bajaré para ver a los detenidos.

Marigny dio media vuelta e iba a salir cuando se volvió para decir:

—En cuanto a la fórmula, señor, el profesor dijo que sin la maqueta del cohete sería imposible utilizarla, al menos en principio.

—Lo sé —replicó el jefe—. Dispone de una configuración especial y tendría que pasar mucho tiempo para que quienes la poseyesen supieran cómo emplearla. Pero imagino que ambas cosas, cohete y fórmula, deben andar juntas.

—Eso ya será más difícil. Una fórmula puede reducirse a tamaños inverosímiles.

—Sí... Los alemanes, durante la guerra, consiguieron las micromotas^[1].

Y el veterano comandante del Deuxième Bureau se interrumpió como si reflexionara sobre tiempos pretéritos.

CAPÍTULO VII

—Ahora cargarán con el muerto «ellos» —dijo Laszlo.

En el pequeño apartamento de Montmartre, el hombre de pelo rasurado y ojillos diminutos conversaba con otros dos tipos.

Ambos hombres respondían a los nombres de Luthwig y Stanislas. Tenían edades parecidas, no superiores a los treinta y cinco años. Laszlo era mayor que dios y se comportaba como si fuese el jefe.

—¿Nadie te vio cuando liquidaste a Cooper? —preguntó Stanislas.

Laszlo negó.

—¿Y qué te hace suponer que cargarán con el muerto «ellos»? —inquirió Luthwig.

Laszlo replicó pausadamente:

—Aquel tipo era Cooper. Alguien tuvo que enviarle sobre nosotros. Posiblemente hay otros que se interesan por el mismo asunto.

Se hizo un silencio, que interrumpió el propio Laszlo.

—Mientras los de la seguridad se entretengan en buscar los cómplices de Cooper, nosotros estaremos ya lejos.

—¿Y la chica? —atajó Stanislas.

—Ya tiene instrucciones. Ella cuidará de todo. Nosotros ya no tenemos nada más que hacer en París.

—¿Nos largamos? —inquirió Luthwig.

—Hacia Hamburgo —dijo Laszlo.

—¿Y ella? —preguntó todavía Luthwig.

—Se reunirá con nosotros en Alemania. No tendremos ninguna dificultad. La mercancía está en lugar seguro. Todo marcha a pedir de boca.

Todo marchaba mal.

Marchaba peor. Al menos para Jules Lavin.

Había puesto grandes esperanzas en su segunda cita con Zaida, pero ella se estaba mostrando mucho menos afectuosa que el día anterior.

Tomaron el aperitivo en un café cerca de Nôtre Dame. Él había intentado besarla, pero Zaida se mostró suavemente esquiva.

Más tarde comieron en el reservado de un restaurante de las afueras, y tras la comida estuvieron deambulando como dos turistas ávidos de conocer París.

El atardecer les sorprendió en un bar cercano a la Opera.

No hubo manera de concertar un plan para la noche, pero Zaida, sin embargo, hizo una concesión.

—Saldremos dentro de un par de días, si tú lo deseas —le prometió cuando él la despedía en el portal de su casa.

Y rehusó la insistencia del púgil, que quería subir a toda costa.

Zaida era una auténtica maestra en hacerse apetecible, pero Jules salió un tanto decepcionado de aquella cita.

Se marchó paseando con intención de ir al garaje y sacar su coche.

Cruzó la calle para descender la larga escalinata que hacía más corto el camino.

Eran las ocho y aquella parte quedaba bastante oscura. Apenas transitaba gente por el lugar, tal vez por eso pudo escuchar con más atención la discusión que sostenían un hombre y una mujer, amparados en la oscuridad de uno de los callejones que confluían en un rellano de la escalinata.

De pronto, la discusión, al parecer por asuntos triviales, terminó violentamente.

Un grito de mujer surgió inesperadamente, tras el inconfundible chasquido de una bofetada.

—¡Bruto! Te atreves conmigo porque soy una mujer. Eres un cobarde —dijo una voz femenina.

Y enseguida una muchacha joven, de no más de veintidós o veintitrés años, salía corriendo del callejón en dirección a la escalinata.

Se cruzó con Jules como una exhalación para empezar a descender vertiginosamente.

Dio un tropezón en su alocada huida y cayó por la escalera,

dando tumbos hasta detenerse en el rellano de más abajo.

Tras de la joven corría un hombre de unos treinta años y rostro duro.

Era un tipo de aspecto barriobajero, raro ejemplar que más bien parecía haber salido del París de los fines de siglo. Un chulo con visos de autenticidad que se lanzaba tras la muchacha, rubia por más señas y de mirada candorosa y asustada, en aquellos momentos en que intentaba incorporarse.

El tipo con cara de apache la alcanzó antes de que ella pudiera reemprender la huida.

Zarandeándola, la metió en otro oscuro callejón.

—¡Suéltame de una vez! —gritó ella—. No quiero volver a saber de ti. Déjame en paz.

—No, nenita. Tú y yo tenemos mucho que charlar todavía —gruñó él con dureza.

Jules había llegado hasta el callejón y contemplaba la escena a muy escasa distancia.

Se mostraba divertido e indeciso con respecto al partido que debía adoptar.

Por un lado, aquello se le antojaba como un sainete.

¿Serían un par de novios en plena discusión?

Si se trataba de eso... ¡Cualquiera se metía a separarlos! A lo peor, luego, la emprendían los dos contra él.

Claro que, por otra parte, le molestaba ver que un hombre abusase de su superioridad física ante una mujer. Y más si la mujer era hermosa como aquella rubia de bien formado cuerpo.

Se dijo a sí mismo, que el amor, en cualquiera de sus facetas, debe de ser una cosa libre y voluntaria. Completamente voluntaria por ambas partes, y en aquella disputa, al parecer, por parte de la muchacha no existía la menor voluntad. Al menos aparentemente.

Ambos seguían forcejeando, y el hombre le atizó un par de sonoras bofetadas que lanzaron a la joven contra la pared.

Eso fue lo que hizo hervir la sangre del púgil. Permaneció unos segundos atento, hasta que vio al hombre que la zarandeaba de nuevo, haciendo intención de volver a golpearla.

—¡Te mataré! —aullaba el tipo.

Jules ya no esperó más.

Avanzó hacia el callejón y dirigiéndose a la joven, preguntó:

—¿Necesita ayuda?

El otro se volvió hacia el púgil para advertirle:

—Esto no le incumbe, amigo. Lárguese.

La muchacha adujo:

—Por favor, líbreme usted de él. Ya no puedo más.

—Con mucho gusto —sonrió Jules, avanzando hacia ella con intención de cogerla del brazo.

El apache, con una sonrisa burlona en los labios, murmuró:

—Yo que usted no me metería en líos, amigo.

Jules, con frialdad e indiferencia, replicó:

—Y yo, si estuviera en su lugar, echaría a correr.

—Sólo corren los cobardes —y, al decirlo, había metido una mano en el bolsillo del pantalón para sacarla rápidamente armada con una navaja automática.

Jules, sin soltar a la joven, siguió avanzando sin inmutarse ante la clara amenaza.

El otro hizo una serie de gestos a modo de esgrima para ponerle en guardia.

Jules, sin inmutarse, se limitó a murmurar:

—Suelte ese juguete, podría hacerse daño con él... ¡Vamos! Suéltelo o tendré que dejarle un recuerdo que no olvidará en toda su vida.

—¿De veras? —sonrió el otro con extrema seguridad. Luego, con acento duro, añadió—: Le dije que no se metiera en esto.

—¡Tenga cuidado! —advirtió la rubia—. Es un mal sujeto.

Jules no perdía de vista a su presunto enemigo. Observaba sus más leves movimientos.

El otro, muy cerca, estaba quieto, como un tigre momentos antes de saltar sobre su presa.

El silencio era absoluto. Los dos hombres continuaban mirándose con aire retador, pero el único que iba armado era el otro.

De pronto comenzó el ataque.

Con destreza, el de la navaja saltó ágilmente hacia adelante, avanzando la mano armada en busca del cuerpo de Jules, que pudo esquivar la acometida con un quiebro, mientras no dejaba de observarle con la mayor atención.

El segundo ataque no se hizo esperar.

Pero cuando su rival avanzaba nuevamente la mano, Jules adelantóse y, hurtando el cuerpo de la acometida, le alcanzó el brazo y se lo retorció brutalmente.

Su antagonista soltó un grito gutural y dejó caer el arma, al tiempo que Jules le sacudía un concienzudo golpe en el brazo.

Ya estaban ambos en igualdad de condiciones.

Jules, sin embargo, advirtió:

—Soy boxeador profesional. No puedo pegarle, pero no me busque las cosquillas, porque voy a olvidar mi profesión y entonces le aseguro que le pondré una cara que no le va a reconocer ni su padre.

—No me asustan las bravatas —gruñó el otro, intentando dar el primer golpe por sorpresa.

Pero era muy difícil sorprender a Jules.

Esquivó.

Tuvo que guardarse de un segundo golpe que el otro le lanzó con la zurda.

A la tercera tentativa, el púgil ya no se limitó a esquivar, sino que deteniendo el golpe con el antebrazo le lanzó un demoledor rechazo, alcanzando de lleno el mentón de su rival.

El otro cayó fulminado, rebotando contra la pared. Sin embargo, consiguió reponerse. Era, sin duda alguna, un tipo fuerte.

Quiso pasar al ataque, pero Jules murmuró:

—Ya veo que no has tenido bastante. Tendremos que repetir la dosis.

Y del dicho al hecho apenas si transcurrió una fracción de segundo, porque haciendo un amago con la derecha, soltó la zurda.

El golpe, terrible, alcanzó el abdomen de su eventual adversario que le hizo inclinarse hacia adelante, lo cual aprovechó el púgil para conectar un potente gancho en plena mandíbula que resultó definitivo.

Su antagonista había caído como fulminado.

La rubia se aferró al brazo del púgil.

—¡Oh! Gracias, señor. Me ha librado usted de él. Creo... creo que me habría matado.

—No era su novio, ¿verdad? —inquirió él.

—No. Desde luego que no. Es un vecino. Vive en la misma calle que yo —explicó ella—. Y me asedia constantemente. Le tengo

miedo, de veras. Le tengo miedo.

Jules, sin ánimo de aprovecharse de las circunstancias, dejó que la joven apoyara la cabeza en su pecho y así permanecieron varios segundos.

—Ya pasó todo. La acompañaré si me lo permite —dijo él.

—¡Oh, no! No puedo volver a mi casa —replicó ella, con visible temor.

—¿De quién tiene miedo?

—¡De él! —Y señaló al otro, que todavía seguía en el suelo sumido en la inconsciencia—. Querrá vengarse. No perdona.

—¿Vive usted sola?

—¡Sí!

—Bueno, vámonos.

Bajaron la escalera hasta llegar al final. Luego, siguieron en dirección al centro.

—¿Por qué no avisa a la policía? —preguntó Jules, al cabo de un rato de caminar ambos en completo silencio.

—No serviría de nada. Además, él me sacó unas fotos, mientras yo tomaba baños de sol en el terrado.

—¿Qué clase de fotos?

—Ya le he dicho que tomaba baños de sol. No podía suponer que él estuviese allí con una cámara, y ahora anda por ahí exhibiéndolas.

La joven se había ruborizado. Jules comprendió.

—Los hay asquerosos —comentó.

—El me acusa. Dice que soy una cualquiera, una buscona, y anda difamando mi nombre. No me gustaría tener que ver con la policía. No quiero ningún escándalo... ¡Oh! Y él tiene amigos. Muchos amigos.

—¡Hummm! —murmuró Jules—. Ya veo que tiene usted un buen problema.

—Por eso no quiero regresar. Buscaré otro sitio... Aunque temo que él me seguirá buscando.

Caminaron un nuevo trecho en silencio.

—¿Dónde piensa pasar la noche? —pregunté Jules de pronto.

La joven se encogió de hombros.

—¡No puede deambular por las calles!

—No sé qué hacer —musitó ella.

Las huellas de la escena anterior estaban visibles en el rostro de la muchacha. No sólo por los golpes y zarandeos recibidos, sino por el miedo y por el llanto.

Se sentaron en un bar.

—Tome algo —dijo él—, le irá bien.

Bebieron sendos coñacs.

Poco después ella se encaminó hacia el lavabo para arreglarse. Evidentemente lo necesitaba.

Jules pensó que era una auténtica lástima que una chica como aquélla estuviera abandonada y a merced de un sádico, de un tipo sin escrúpulos.

Que era hermosa, el púgil ya se había dado cuenta. De buenas formas y bonitas piernas, respondía plenamente a sus gustos personales.

Bueno, Jules se consideraba bastante entendido en cuestión de faldas.

Pero aparte su debilidad por el bello sexo, Jules poseía un corazón extremadamente grande, sentimental cien por cien, había tomado ya una decisión que la expuso a la rubia tan pronto como reapareció.

—Vendrá usted conmigo.

Ella agrandó los ojos.

Jules la tranquilizó.

—No, no es a un apartamento donde pienso llevarla. Momentáneamente vivo en una casa de campo, con un amigo. Nos cuida una buena mujer, amiga también. Ella tiene habitaciones de sobra en la casa. Es en el campo, ¿sabe?

—¿En el campo?

—Sí, pero cerca de París. Esta noche duerma usted allí. Luego, mañana con más calma ya decidiremos.

La muchacha vaciló.

El la animó:

—Si teme llegar tarde a su trabajo, ya buscaremos una excusa.

—No, no es por esto... —contestó ella—. Precisamente, mañana tengo el día libre. Trabajo en una cafetería. Pero tampoco puedo volver allí. El vendría a buscarme.

—Encontraremos otro empleo. Ésta es una gran ciudad.

—Tampoco me preocupa lo de encontrar nuevo empleo. Tengo

familia en Alemania y ya tenía decidido irme con ellos, pero tengo que esperar dos semanas, porque ahora esos familiares están ausentes de su casa.

—No hay problema. Puede usted quedarse a vivir en la casa donde voy a llevarla. No hay límite de tiempo.

La rubia sonrió más animada.

—Es usted muy gentil. ¡Y todo un caballero! Se notó enseguida. No me conoce de nada y...

Jules la atajó:

—Es usted una buena chica. Lo vi desde el primer momento.

—Gracias... ¡Oh! A propósito, mi nombre es Michele Legrand.

—Encantado, Michele. A mí puede llamarme Jules.

Una nueva amistad había empezado para Jules. Una nueva y grata amistad.

Y un nuevo berrinche para Luc.

Un berrinche que no tardaría en producirse.

CAPÍTULO VIII

—¡Y encima traes una mujer a esta casa! Eres un cínico, Jules.
Un condenado cínico —resopló Luc.

Michele no podía oírles porque la dueña de la casa ya le había indicado su dormitorio y la joven, cansada, estaba ya acostada y, probablemente, durmiendo.

—Conseguirás despertarla —protestó suavemente el joven.

—¡Y qué importa! —gritó Luc.

Cuando hubo terminado sus improperios, el púgil murmuró:

—No es lo que te figuras. Esa pobre chica necesitaba ayuda.
Cuando la encontré, un tipo le estaba sacudiendo.

—¡Vaya! Y tú hiciste de quijote.

—¡Déjate de tonterías! Cualquiera en mi lugar hubiese hecho lo mismo.

—¿Y tú pegaste al individuo que estaba con ella?

—Sólo un poquito.

—¿Y sabes lo que puede sucederte si te pillan sacudiendo a alguien?

—Me limité a defenderme. El tipo me amenazó con una navaja.

—Tú siempre metiéndote en líos —masculló Luc.

—Tómatele como quieras, pero Michele se quedará aquí —replicó Jules.

Y ya no quiso seguir con la discusión.

—Un dos, un dos, un dos —marcaba rítmicamente Luc, mientras corría al lado de su pupilo.

Eran casi las ocho de la mañana y llevaban una hora larga de entrenamiento, durante la cual Jules demostró que, en verdad, su forma no había disminuido en absoluto.

Aquello, naturalmente, complació a su preparador.

Más tarde, cuando tomaban el desayuno, bajó Michele de su dormitorio.

A Jules le pareció mucho más atractiva que la noche anterior, y a su preparador no le pasó inadvertido el modo con que su pupilo la miraba.

El tiempo normal de descanso, tras el desayuno, Jules lo empleó en pasear con Michele por la campiña.

El sol comenzaba a calentar y la suave brisa de la proximidad del río resultaba sumamente agradable.

Se acercaron a la orilla, después de haber andado un buen par de kilómetros, ladera abajo.

El Sena, en aquellos parajes, ofrecía un encanto especial. La fina arenilla de la orilla semejava la de una playa de la Côte d'Azur.

—De buena gana me tomaría un baño —murmuró Michele.

—Nada más fácil —replicó Jules.

—No tengo bañador. Bueno, en realidad no tengo nada aquí.

—Por eso no se preocupe, yo le traeré todo lo que necesite.

—Sigue siendo usted muy amable —sonrió ella.

—Báñese ahora... Ya me volveré de espaldas, mientras se quita la ropa.

En verdad aquél era un paraje totalmente solitario y raras veces concurrido.

La joven vaciló, mientras Jules, dando la vuelta, encendía un pitillo, lanzando al aire una bocanada de azulado humo.

—Cuando esté dentro del agua, alíseme —dijo él. Dio un rodeo hasta un pequeño peñasco, tras el cual se sentó.

Michele acabó por decidirse. Se desvistió y se metió en las transparentes aguas.

Jules, al oír el chapoteo, preguntó, alzando la voz para que ella pudiera oírle:

—¿Está buena?

—Un poco fría, pero agradable —respondió ella.

Salió del peñasco y la vio nadar con vigor, sumergiéndose a veces para reaparecer asomando la cabeza varios metros más allá.

Por un instante, su instinto varonil le impulsó a meterse también en el agua, pero lanzando un suspiro desistió.

Ella cree que soy un caballero, pensó.

En voz alta añadió:

—Iré a su casa a buscar sus cosas.

—Espere. Le daré la Maye.

Poco después regresaban a la casa de campo, y en aquellos instantes, al lado de la joven, Jules ya ni se acordaba de Zaida.

Claro que la cita concertada con la morena no era hasta el día siguiente.

Dejó a Michele en la casa y después de recoger la llave del apartamento de la muchacha, Jules se marchó a París.

Muy lejos estaba de imaginar tres cosas:

Primera: Lo que llevaba debajo del asiento trasero de su automóvil.

Segunda: Que un tipo al volante de un «2 HP» le estaba siguiendo.

Tercera: Lo que le esperaba en el apartamento de Michele.

El tipo del «2 HP» se detuvo en la esquina anterior a la casa de Michele, frente a cuya puerta había detenido el auto Jules.

Subió hasta el tercer piso del viejo y pequeño edificio y buscó la puerta número tres que era, la que correspondía al apartamento de Michele.

Introdujo la llave en la cerradura, pero enseguida se dio cuenta de que la puerta cedía sin necesidad de darle la vuelta a la llave.

Penetró con cierto sigilo. Resultaba bastante extraño encontrar abierta la puerta de un apartamento en el que se sabe que no hay nadie.

Dentro no se percibía el menor ruido.

Jules avanzó por el corto pasillo que comunicaba con el comedor, que hacía las veces de salón al mismo tiempo.

En un entrepaño estaban dos puertas que comunicaban con el dormitorio y servicios respectivamente.

Otra puerta en el lado opuesto daba paso a la cocina. Era todo. La casa no tenía más dependencias.

Al avanzar hacia la cocina fue cuando le pareció escuchar un débil sonido. Era algo parecido a la respiración de una persona.

Acentuó sus precauciones y aguzó el oído.

Evidentemente el ruido procedía de la cocina.

Abrió la puerta muy lentamente y miró por el pequeño resquicio hacia el interior.

No vio a nadie. Sin embargo, seguía percibiendo la sensación de que no estaba solo en la casa.

Al fondo de la cocina se abría una puerta que pensó debía comunicar con el trastero.

Avanzó hacia allí. Ése fue su error.

Obsesionado, pensando en lo que podía haber tras aquella puerta que tenía delante, se le olvidó mirar lo que ocurría detrás.

El hombre que la noche anterior había estado maltratando a Michele, acababa de entrar por la misma puerta que Jules había utilizado.

¿De dónde había salido?

Eso importaba poco ya.

Lo que realmente tenía trascendencia era el palo de madera maciza que esgrimía en su mano derecha blandiéndolo contra la cabeza del púgil.

La intuición del peligro hizo que Jules se revolviera una fracción de segundo antes de recibir el golpe en plena cabeza.

El garrotazo le dio en el hombro.

El tipo había pegado con fuerza y Jules se tambaleó ligeramente, cuando ya su enemigo volvía a blandir el palo para descargar un segundo golpe al tiempo que exclamaba:

—¡Hiciste mal en volver! Ahora pagarás lo de anoche.

Jules interpuso el antebrazo para detener el segundo estacazo.

Ahogó una exclamación al sentir el contacto de la improvisada arma ofensiva y retrocedió hasta la pared. Seguidamente tomó impulso para coger la iniciativa del combate.

—El que va a acordarse eres tú, cabezota —masculló.

Su enemigo esgrimía ahora el palo como si se tratase de una espada.

Jules saltaba de un lado a otro haciendo gala de su perfecta movilidad de boxeador.

Cuando su enemigo intentó soltar el tercer golpe, el palo dio en el vacío.

Por fin, cuando el otro intentaba alcanzarle de nuevo, Jules pudo sujetarle el brazo con una mano, mientras que utilizaba la otra para, de un potente golpe, lanzarle contra la puerta.

Su antagonista lanzó un grito y tras la caída se incorporó nuevamente, conservando el palo que no había soltado.

Jules se lanzó como un huracán, buscando primero el cuerpo a cuerpo para conseguir la leve ventaja que necesitaba.

Su enemigo iba dando palos de ciego, hasta que el boxeador, aplicándole un demoledor golpe en el hígado, debilitó sus fuerzas.

Seguidamente le arrebató la estaca, tras un ligero forcejeo, para conectar un buen directo en el mentón de su testarudo enemigo.

Pero aquél parecía mucho más fuerte que la noche anterior y aguantó bien el golpe, para saltar hacia adelante intentando sacudir a Jules.

Todo quedó en intento, porque el púgil paró el golpe lanzando enseguida una buena serie de *cortos*, que culminaron con un contundente *crochet*, acabando de una vez con la resistencia de su antagonista.

Aún intentó el otro incorporarse, pero Jules le colocó la rodilla en el pecho impidiéndoselo.

—Ya basta, buscalíos. Ahora me dirás qué estabas haciendo en esta casa.

Como el otro no contestó, Jules le «animó» propinándole un par de sonoras bofetadas.

—limpieza a «cantar», chulo de tres al cuarto. Dime primero cómo demonios has entrado en esta casa.

—No es difícil abrir la puerta —jadeó el otro.

—No. Ninguna puerta es difícil de abrir, sobre todo si se dispone de la correspondiente llave.

Y como el vencido vacilara, otro par de tortas bien dadas le desataron la lengua.

—Sí... Cogí uno de los dos juegos de llaves que tiene Michele.

—¿Y qué estabas buscando ahora?

—Nada —balbució el otro—. Creí que volvería. Y la esperaba.

Jules le levantó casi en vilo, sujetándole por las solapas. Le soltó para propinarle un certero directo.

Definitivamente el pertinaz pretendiente de Michele cayó dispuesto a hacer una forzosa y larga siestecita.

Jules, por su parte, antes de comenzar a recoger las cosas que pertenecían a Michele, comprobó que la portezuela de la cocina comunicaba con la terracita de la parte trasera de la casa que a su vez llegaba hasta el corredor.

Así le había sorprendido su agresor, indudablemente estaba en la cocina, y al oír ruido escapé por la terracita, para dar la vuelta y rodearle entrando por la ventana del salón, aunque de nada le había

servido su estratagema.

Llenó el par de maletas de Michele con todo el equipaje y unos pocos recuerdos familiares, tales como un retrato y una pequeña imagen.

Se aseguró de que en la cesa no quedaba nada más, y salió de ella antes de que su agresor se hubiese recuperado.

CAPÍTULO IX

Los días que faltaban para que Jules emprendiera el viaje a Alemania, para el combate de revancha contra Klaus Winker, fueron bastante agitados.

Tuvo que repartirlos entre la morena y la rubia, Zaida y Michele, naturalmente.

Claro que los días que pasaba al lado de Michele eran menos bulliciosos, porque nunca se alejaban de la campiña.

Cuando faltaban exactamente cuatro días para emprender la marcha, Jules decidió intensificar su preparación, no sin antes pasar unas horas con Zaida.

—¡Eres un perfecto idiota! —le increpó Luc, cuando el púgil le advirtió de su deseo de ir a París por unas horas.

—Gracias por el requiebro —sonrió Jules.

El preparador miró a Michele que estaba fuera de la casa, sentada en el prado leyendo y comentó:

—Ésa es una buena chica y parece decente.

—De ése no cabe duda —replicó Jules.

—Entonces olvida la otra y quédate. Al menos Michele no te impide que, te sigas entrenando.

—Luc —murmuró sonriente Jules—, no está bien irse sin despedirse de los amigos. Ya te lo he dicho. Será sólo una despedida. ¿De acuerdo?

Su amigo se encogió de hombros, sabía que si Jules había decidido irse, lo haría sin escuchar consejo alguno.

Jules estaba ya ante la portentosa Zaida.

—Voy a echarte de menos —dijo.

—Tengo una sorpresa para ti, Jules —replico ella con una de sus amplias y turbadoras sonrisas.

—Sólo me gustan las sorpresas si son agradables.

—Si de veras significa algo para ti, puedo asegurarte que no estaremos muchos días sin vernos.

—¿De veras?

—Unas compañeras mías han ido a pasar las vacaciones en Alemania. Y me han escrito para que me reúna con ellas allí.

—¡Ésta es de las sorpresas que me gustan! —replicó él y añadió —: ¿Te darás una vueltecita por Hamburgo?

—Procúrale estar presente cuando se celebre tu combate.

—Voy a dedicarte mi victoria, muñeca —y se acercó a ella para tomarla por los hombros.

Zaida se dejó, y Jules aprovechó la oportunidad para besar los labios de la mora.

—Siempre tan impulsivo! —murmuró ella, en cuanto Jules la hubo soltado.

El tipo de cuyas garras había librado Jules a Michele, se dio perfecta cuenta de que era seguido por dos hombres.

La escena transcurría en uno de los muelles del Sena, y el hombre aceleró el pase.

Todavía sentía sobre su cuerpo el dolor de los golpes que le había proporcionado el púgil.

Sus dos seguidores también anduvieron más deprisa. Uno de ellos era el agente Marigny.

—No cabe duda de que su conciencia no está nada limpia —comentó el agente—. Conviene que no se nos escape.

El perseguido había llegado a la calle y comenzaba a cruzar sorteando el inmenso tráfico procedente de ambas direcciones.

Marigny le estaba pisando los talones.

Al llegar a la acera opuesta, el perseguido aminoró el paso. Comprendió que no deseaban detenerlo.

Marigny comentó con el compañero que tenía a su lado:

—Se ha dado cuenta de que le seguimos.

—Podrías detenerle —replicó el otro.

—No serviría de nada. Carecemos de pruebas. Lo que yo quiero es que nos conduzca hasta su escondite. Y esto por ahora parece bastante difícil.

—¿Se te ocurre alguna idea? —inquirió el otro.

Marigny asintió:

—Vamos a separarnos. Tú te metes en una esquina y yo recogeré

el coche de donde está aparcado. Me propongo que crea que hemos dejado de seguirle.

—¿Crees que morderá el anzuelo?

—Lo intentaremos.

Los dos agentes se separaron, y Marigny, mezclado entre la gente, llegó hasta la esquina donde había dejado antes el coche.

Esperó a que su perseguido se alejara.

Le siguió con irnos prismáticos un buen trecho, hasta que desapareció por una esquina, entonces Marigny puso el auto en marcha y al llegar a la misma esquina dobló.

Circulaba lentamente tratando de no perder a su perseguido, pero éste ya se hacía escondido tras un portal.

Marigny lo comprendió, e inmediatamente hizo uso de su pequeño transmisor.

—Pascal, ¿me oyes? Corto.

La voz de su compañero, que tras doblar la otra esquina había quedado aguardando órdenes, contestó utilizando otro aparatito no mayor que un encendedor a gas.

—Te escucho.

—Bloquea la calle por el otro lado. No ha tenido tiempo de llegar hasta la esquina siguiente. Tendrá que salir por uno u otro lado.

—De acuerdo.

El compañero de Marigny se apresuró a cumplir la orden.

El perseguido, por su parte, comprendió que el cerco se iría estrechando y empezó a ponerse nervioso.

«¿Cómo diablos habrán podido dar conmigo?», se preguntó.

Empezó a subir la escalera del edificio, mientras Marigny, que ya había aparcado su coche entraba en el portal. Creyó verle.

—¡Walka! —gritó.

El fugitivo aceleró el paso.

Antes de proseguir la persecución, Marigny estableció contacto con su compañero, utilizando el mini transmisor.

—Ha entrado en el número cuatro. Es posible que intente escapar por las azoteas.

—Cubriré la retirada —fue la respuesta del otro agente.

En aquel instante, Jules detenía su automóvil en la misma calle.

El púgil, tras salir del auto, mantuvo abierta la portezuela para

que Zaida se apeara.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella.

—Hay un club en el último piso. Desde allí se puede ver una panorámica preciosa de París. ¿No lo sabías?

—Debe ser nuevo —comentó ella.

—Sí. Lo es.

Subieron con el ascensor y llegaron casi al mismo tiempo que el tipo llamado Walka, a quien Jules conocía por los dos altercados que había tenido con él.

Pero no lo vio.

Walka iba ligeramente detrás. Llegaba jadeante.

Jules sólo se preocupaba de la mujer que llevaba a su lado.

Entraron por el amplio portal del club, que ocupaba todo el piso superior del edificio.

Pasaron el gran salón del bar para dirigirse hacia la terraza. De un salón contiguo salía una música suave.

—Luego podemos bailar, si lo deseas —propuso Jules—. Bueno.

Tomaron asiento en la terraza en el momento en que el fugitivo penetraba en ella.

Fue entonces cuando Jules le vio.

—¿Qué diablos hace ese tipo aquí?

—¿Le conoces? —inquirió Zaida.

Jules no replicó. Enseguida comprendió que algo estaba sucediendo. Lo comprendió cuando le vio correr entre las mesas en el momento en que Marigny Irrumpía en la terraza.

—Parece que lo están persiguiendo —comentó Zaida.

—De tipos como ése no se puede esperar nada bueno —respondió Jules.

Evidentemente Walka había empezado a perder el control de sus nervios. Circunstancia que se acentuó cuando al llegar al final de la terraza vio cómo el otro agente le cortaba el paso.

Con agilidad, el perseguido alcanzó una escalera metálica con la que se ascendía hasta el remate del edificio.

Los dos agentes corrieron hacia el mismo sitio.

—Ahora ya no hay más remedio que detenerle —dijo Marigny.

—¡Vamos!

Treparon por la escalera, pero Walka ya saltaba hacia el otro lado y echaba a correr nuevamente por la terraza.

Se acercaba a la mesa de Jules y Zaida.

El púgil se puso en pie.

—No me gusta este tipo —murmuró.

Y cuando Walka pasó cerca de él, Jules avanzó un pie. La zancadilla surtió efecto y el otro cayó aparatosamente.

Los dos agentes llegaron corriendo, en el momento en que Walka a medio incorporarse, echaba mano de una automática, que sacó de una funda sobaquera.

—¡Cuidado! —advirtió Marigny.

Walka efectuó un par de disparos, al tiempo que huía buscando la salida.

Sin embargo, los disparos no hirieron a nadie.

Marigny y el otro agente, con las armas en la mano, prosiguieron la persecución.

—No dispares —advirtió Marigny—. Podríamos herir a alguien.

Entretanto Jules entró por la puerta que comunicaba con el salón de baile con el fin de cortar la retirada.

Walka seguía corriendo.

Al ver a Jules que se le acercaba, quedó un momento indeciso, pero no disparó.

El púgil aprovechó la ligera vacilación para intentar alcanzarle.

El perseguido salió de nuevo a la terraza por otra puerta, pero ya los agentes habían estrechado el cerco.

Acorralado volvió a disparar. Contra los dos agentes.

Allí no había gente a quien herir y Marigny entonces sí hizo uso de su revólver de reglamento, pero no tiró a matar.

Necesitaba conservarle vivo.

Walka saltó por la barandilla con la intención de huir por la comisa.

—¡Detente, Walka! No podrás escapar —conminó Marigny.

El otro no quiso hacerle caso. Y... resultó fatal para él, porque en su precipitación dio un traspiés. Intentó agarrarse nuevamente a la barandilla, sin conseguirlo.

Sus manos se agitaron en el vacío, y un instante después su cuerpo desaparecía para estrellarse en el asfalto, ocho pisos más abajo.

Su grito prolongado puso en vilo a la concurrencia.

Los agentes se asomaron.

—Ése ya no podrá hablar nunca más —murmuró Marigny.

Jules se acercó para preguntarles:

—¿Qué había hecho?

Los dos agentes se volvieron hacia el púgil y le observaron durante unos instantes.

Por toda respuesta, Marigny se limitó a preguntar:

—Yo le he visto en alguna parte a usted. ¿Verdad?

—Posiblemente. Me llamo Jules Lavin.

—De los semipesados —replicó el agente, sonriendo—. Bien, amigo, gracias por haber intentado ayudarnos. Adiós.

Jules se había quedado sin respuesta.

Acabó encogiéndose de hombros mientras los dos agentes desaparecían por una de las puertas que comunicaban con el interior.

El regresó a la mesa para sentarse de nuevo junto a Zaida.

—¿Ya has averiguado quién era? —murmuró ella.

—No. Pero esos dos que le perseguían debían ser policías. ¡Je! Tipos como ése siempre andan metidos en líos. Pero dejemos esto ahora —concluyó él para rodear con su brazo los hombros de la bella.

En algún lugar de París, dos hombres conversaban en el interior de una sórdida y mal ventilada habitación, mientras jugaban una partida de póker.

Uno era un tipo de unos treinta años, alto y fornido. Musculoso y fuerte. Parecía un atleta.

El otro había entrado ya en la cincuentena y su descripción más peculiar en él podía basarse en que era manco. Le faltaba el brazo derecho; razón por la cual manejaba extraordinariamente bien el zurdo. Incluso con rara habilidad, a juzgar por el modo con que mezclaba las cartas de la baraja con una sola mano.

Tras repartir el juego comentó:

—Walka ya debería estar de vuelta.

El que tenía tipo de atleta se encogió de hombros.

—Habrá encontrado alguna chica. Para él, cualquiera es buena.

El manco iba a decir algo cuando la puerta se abrió repentinamente y entró un tercer personaje.

Quedó un momento en el umbral, mirando al manco y al atleta.

Fue el primero quien gruñó:

—¡Vamos, Salky! No te quedes ahí.

El llamado Salky, también corpulento aunque no tanto como el atleta, entró en la estancia con un extraño aspecto.

Se sentó derrumbándose sobre una de las sillas. Estaba visiblemente demudado, casi sin aliento.

—¿Es que has visto un fantasma? —preguntó el manco.

Al cabo de unos momentos, el recién llegado apenas pudo balbucir:

—Ha muerto...

—¿Quién ha muerto? —inquirió el manco, que evidentemente parecía ser el jefe del trío.

—Walka —replicó el otro lacónicamente.

—¡Maldita sea! —exclamó el manco, soltando las cartas y golpeando frenéticamente la mesa con el puño.

—Lo he visto. Ha caído desde lo alto. Ha sido horrible. ¡Pobre Walka!

El atleta apretó los puños.

—Primero Cooper y ahora Walka. Ya es hora de que tomemos medidas. Ese maldito Laszlo y los suyos tienen que pagar lo que han hecho.

—No perdamos la calma —aconsejó el manco.

El que había dado la noticia de la muerte de Walka, aclaró:

—No han sido los de Laszlo. Fueron agentes franceses.

El manco se puso en pie de un salte.

—¿Eeeh?

Salky ratificó lo dicho.

—¡Seguro! Eran agentes de la Seguridad Nacional.

—Esto quiere decir que están sobre nuestra pista —adujo el atleta.

—Tenemos que largarnos, antes de que nos pillen a nosotros.

—¡Un momento, un momento! —intervino el manco.

—Es que... si seguían a Walka... —empezó Salky.

El manco le atajó:

—... quiere decir que no conocen a nadie más. Si supieran que estaba relacionado con nosotros, ya habrían rodeado la casa. ¿Es que no lo entendéis? Están completamente despistados, y esto nos da ventaja.

Los otros dos volvieron a sentarse.

El manco prosiguió:

—No perdamos la calma. Dentro de poco habremos salido con la nuestra. El plan sigue a las mil maravillas. Podemos estar tranquilos.

—Preferiría encontrarme ya en Alemania —murmuró el atleta.

—¡Paciencia, muchacho! Ya sólo faltan tres días.

Parecía como si todo el mundo se hubiese dado tata en Alemania.

¿Qué es lo que iba a ocurrir allí?

CAPÍTULO X

Zaida se había sentado displicentemente en el sofá.

—¿Cuándo volveremos a vemos? —preguntó Jules.

Zaida replicó con su sempiterna turbadora sonrisa:

—Ya te lo dije. Procuraré estar en Hamburgo cuando tenga lugar tu combate contra Klaus Winker.

—Tres días sin verte van a parecerme una eternidad —replicó él insinuante.

Se sentó a su lado tratando de acariciarla.

—Creo que empieza a ser tarde —murmuró ella.

—¡Oh, no! No me eches —replicó él.

—Ésta es mi condición, querido... Ahora a casita, c de lo contrario en Hamburgo no me verás —amenazó ella suavemente.

—Eres cruel —replicó el púgil con fingido dramatismo.

Zaida se levantó para besarle en la mejilla.

Jules la rodeó con sus brazos para buscar la boca de aquella mujer que tan bien sabía guardar las distancias cuando se lo proponía.

Jules rodeó a Michele por la cintura.

Ella se estremeció.

—¿No me tendrás miedo, verdad? —murmuró él.

—No. Sé que tú eres bueno —susurró ella.

Iba a besarla, pero se contuvo. Con Michele era distinto... ¿Qué le pasaba con aquella chica?

Si estaba allí con ella, contemplando la inmensidad del firmamento estrellado, a un centenar de metros de la casa de campo, era porque la vio al regresar de París.

Michele estaba fuera y parecía gustarle la soledad. Sí. Parecía feliz contemplando la belleza del paisaje, del cielo, de todo cuanto bueno puede ofrecemos la Naturaleza.

Juntos permanecieron silenciosos un buen rato.

Cuando al fin regresaron a la casa, ella murmuró:

—¿Quieres llevarme contigo?

—Hasta el fin del mundo si me lo pides —sonrió él.

—No tan lejos. Me refiero a Hamburgo. Mis familiares habrán regresado ya.

—¡Pues claro que te llevo! —replicó él.

Se habían detenido frente a la puerta de la casa. Ella inesperadamente le besó en la mejilla y aquella vez fue el púgil el que sintió un leve escalofrío.

—Espero que no me tomes por... por una aprovechada. Tú te has portado muy bien conmigo y si te pido que me lleves es porque... así me ahorro el dinero del viaje. ¿Irás con el coche, verdad?

—¡Qué cosas tienes! ¿Cómo quieres que te tome por...? ¡Oh! Si eres la mujer más bonita que he visto en mi vida... Y si no vinieras conmigo, sé que te echaría de menos.

En aquellos momentos había vuelto a olvidarse de Zaida.

Michele murmuró:

—A tu lado me siento muy segura.

Esto recordó a Jules que tenía que darle la noticia.

—Si es por aquel tipo que te perseguía, ya no deber temer nada.

—¿No? —preguntó ella, visiblemente extrañada.

—¿Se llamaba Walka, verdad?

—¿Cómo lo sabes? —La extrañeza de Michele aumentó.

—Esta mañana le he visto por última vez —explicó él—. Le perseguían dos hombres. Creo que eran policías.

—¿Y... le han detenido?

—No. Cayó desde lo alto de una terraza hasta la calle. Se ha matado.

—¡Dios mío! —exclamó ella, abriendo desmesuradamente sus grandes ojos azules.

—No me digas que lo sientes. Por lo visto era un mal sujeto.

Michele asintió:

—Es que... me ha impresionado la noticia. Walka no era bueno, es verdad, pero yo no desee la muerte de nadie.

—Eres lo que se dice un ángel —susurró él.

Tal como había prometido, Jules intensificó los entrenamientos,

aprovechando los tres últimos días.

Michele, ya sin el menor peligro de encontrarse con Walka, expresó su deseo de ir a París.

—Compraré algunas chucherías para mis familiares; algún recuerdo que no sea demasiado caro —dijo al despedirse.

—¿Vendrás a comer? —preguntó el púgil.

Michele asintió.

Jules siguió con su entrenamiento, con Luc convertido en «*sparring*».

En París, Zaida se había reunido con Laszlo por el procedimiento acostumbrado, que consistía en dejar el coche aparcado en determinado lugar —la plaza de la Concordia— y subir al de su jefe.

—Creí que ya estabas en Hamburgo —le dijo ella.

—Los otros sí están. Yo saldré en el último momento. ¿Y tú?

—El día antes que lo haga Jules Lavin.

Laszlo se mostraba intranquilo, como si algo le preocupara.

—No sé... —murmuró—. Cuando más se acerca el momento...

—¿Qué es lo que temes?

El de los ojillos felinos comentó:

—Durante esos días, Lavin quedará sin vigilancia. ¿Y si se le ocurriera mirar debajo del asiento trasero y descubriera el paquete?

—Ése es un riesgo con el que ya contamos al empezar. ¿No?

—¿Crees que si lo descubriera, sospecharía? —inquirió el jefe de Zaida.

—De mí no creo —sonrió ella con absoluta seguridad—. Jules es fuerte, pero poco inteligente para mí. No. De mí no sospecharía. Estoy segura.

—Luego está la frontera —terció Laszlo con el mismo tono preocupado.

—Lavin es conocido. No van a registrar su coche. Sería el último en quién podrían sospechar.

—Bueno. Supongo que hasta que haya conseguido pasar el coche viviremos un poco a la ventura —comentó Laszlo, y agregó—: La fórmula al menos la guardas tú.

Ella asintió. Verdaderamente se sentía optimista.

—No olvides —dijo la mujer— que en cuanto lleguemos a Hamburgo quiero lo prometido y... en dólares.

Laszlo sonrió:

—¿Te gusta el dinero, eh? —¿por qué crees que me he metido en esto?

—Está bien. No tienes por qué preocuparte. Cobraremos una buena suma por el artefacto y la fórmula.

—No me importa lo que os paguen. Mi precio tal como convinimos, son cien mil dólares.

—Los tendrás.

Sí. Zaida se sentía muy optimista.

CAPÍTULO XI

Zaida se habría sentido realmente pesimista, de haber oído la conversación que tenía lugar en una sórdida y mal ventilada habitación.

También Jules se habría asombrado de ver lo que estaba ocurriendo a espaldas suyas. No ya por los manejos de Zaida, a quien él seguir conociendo con el nombre de Corine, sino por otras cosas que estaban sucediendo.

Veamos.

Michele había salido de la casa de campo con el coche de Jules. Él se lo había prestado para que la muchacha no tuviera que tomar el autobús.

Oficialmente la joven había dicho que iba a comprar unas chucherías para regalar a sus familiares de Alemania.

Y así lo hizo en principio.

Aparcó el coche cerca de un bazar y allí adquirió un par de cosillas; una polvera dorada que le aseguraron que no ennegrecería jamás, y una pitillera del mismo estilo.

Regalo para hombre y para mujer.

Jules habría pensado que los familiares de Michele eran tíos o primos suyos, o sea un matrimonio.

Bueno. En realidad eso poco importaba.

Lo que realmente sí le habría importado, es ver a Michele con los objetos en el bolso, volver al coche y conducirlo hasta los suburbios de Montparnasse.

Lo dejó en una esquina y siguió a pie una pequeña cuestecita hasta el número cinco de la calle.

Correspondía a un edificio donde la huella del tiempo se dejaba notar visiblemente, y pedía a grandes veces su remozamiento.

Avanzó por un corredor que comunicaba con un estrecho patio interior, de donde arrancaba una escalera que conducía al único

piso del edificio.

Llamó tres veces a modo de señal. Primero dos golpes cortos con los nudillos y después un pequeño repiqueteo como si se tratase del redoble de un tambor.

La puerta se abrió.

El hombre que apareció en el umbral dijo:

—¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Ella sin contestar se coló hacia el interior.

El puño de Luc avanzó como un alud hacia el rostro de Jules. Éste esquivó en el último momento y abriendo la guardia descargó un potente *crochet* de izquierda que derribó a su «*sparring*».

A pesar del casco protector, Luc acusó el golpe.

—Si pegas así al alemán, la pelea es tuya —balbució Luc desde el suelo.

Jules le ayudó a levantarse.

—¿Te he hecho daño?

—¿Daño a mí? ¡Vamos, hombre! No digas estupideces. Yo dejé el boxeo, pero sigo en forma.

—¡Está bien, hombre! Sólo quise demostrarte que yo también lo estoy.

El entreno continuó.

El intercambio de golpes se sucedía y Jules demostraba que, evidentemente, pasaba por un buen momento.

—No te comprendo, muchacho —comentó Luc durante un descanso.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—¡Nada! Has descuidado tu preparación. Te has saltado alegremente todos mis consejos y en cambio te veo más fuerte que nunca.

—¿Pues qué creías?

—¡Ah, Jules! Si me hicieras caso no tendrías rival. Eres fuerte y tienes algo muy importante en boxeo; un poder extraordinario de recuperación.

Hizo una pausa rememorando su pasado. Luego con cierta tristeza añadió:

—Si en mis tiempos yo hubiese tenido tus cualidades, todavía seguiría ostentando el título mundial.

—Yo también seré campeón alguna vez. No tengo prisa.

—Los años pasan, Jules. Un buen boxeador no puede permitirse el lujo de esperar. Tiene que atacar desde el principio y sacar todo lo que pueda. Luego, aunque no quiera... le retiran.

—Está bien, viejo. No perdamos tiempo en sentimentalismos. Sigamos. Quiero aprovechar al máximo esos tres días.

La llegada del coche interrumpió el diálogo y el entrenamiento.

Del automóvil se aparearon dos hombres.

Jules les reconoció enseguida. Eran Marigny y el agente que le acompañaba durante la persecución de Walka.

—No quisiera interrumpirle, Lavin —saludó Marigny.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó el púgil.

—Quisiera hacerle un par de preguntas —replicó Marigny.

—Usted dirá.

—¿Conocía usted al sujeto del otro día?

Jules se encogió de hombros:

—Psé. Tuvimos un par de encuentros.

—¿Qué clase de encuentros?

—Nada de particular. El tipo molestaba a una señorita y le «recomendé» que la dejara en paz.

—¿Quién era esa señorita?

—Pues... —Jules vaciló. Le molestaba que mezclaran a Michele en aquello.

Luc se mantenía a la expectativa. Por su parte también odiaba los líos.

—Le he preguntado quién era —insistió Marigny.

Jules volvió a encogerse de hombros.

—La verdad es que no lo sé —mintió—. ¿Acaso la buscan por algo?

—Las preguntas las hago yo —replicó el agente de la seguridad.

—Pues por mí pueden seguir preguntando. Yo no sé nada.

—Oiga, Lavin. Necesitamos conocer algunos datos con respecto a Walka. Tal vez esa señorita podría facilitárnoslos.

—Lo siento, amigo. No he vuelto a verla —mintió otra vez, y tras un breve silencio el púgil agregó:

—Me estoy preparando para mi revancha contra Winker. No me hable de mujeres.

Marigny sonrió.

—El otro día no estaba solo —le recordó.

—Una vieja conocida —replicó—. No tiene nada que ver con Walka.

Marigny hizo un gesto de resignación.

—Está bien. Pero si vuelve a ver a la amiga de Walka, comuníquemelo. Le dejaré mi tarjeta. —Y al decirlo le entregó la cartulina, donde estaba escrito su nombre y su número de teléfono.

—Si no estoy yo, deje el recado al comandante Laudon.

—¿Comandante Laudon?

—Exacto —replicó el agente—. Comandante Laudon, de la Defensa Nacional.

Y los dos hombres se alejaron.

Jules quedóse mirando la tarjeta mientras Luc se le acercaba.

—Éstos solamente intervienen en asuntos de espionaje o cosas parecidas —comentó el «*sparring*».

—Sí, creo que sí. Tendré que hablar con Michele —replicó pensativamente el boxeador.

Ella, sin contestar, se coló hacia el interior.

Sí. Volvemos en el momento en que Michele entró en aquella sórdida casa de Montparnasse.

Pasó a la mal iluminada estancia carente de ventilación y hallóse en presencia del manco, el atleta y el tipo llamado Salky.

Este último era el que le había abierto la puerta. Entró tras ella, cuando el manco, al darse cuenta de su presencia, se puso en pie.

—¡No debes venir aquí! —exclamó.

—¡Walka ha muerto! —replicó ella lacónicamente.

—Lo sabemos —murmuró el manco.

El rostro de Michele no conservaba ni un ápice de aquella angelical ingenuidad y candor que conocía Jules.

Se había endurecido notablemente y su mirada era fría, glacial.

Sus palabras sonaban tajantes.

—No temáis. Nadie me ha seguido —murmuró.

—¿Y Lavin?

—Tiene absoluta confianza en mí.

Tras una pausa añadió:

—Se tragó la comedia que representamos en su honor cuando Walka fingía que me atizaba. Desde entonces se ha convertido en mi protector.

—¿Y el cohete? —atajó el manco.

—Sigue en el coche. Lo tengo abajo. Vine sólo para informaros de lo ocurrido a Walka. Creí que lo ignorabais. Los de la Seguridad le seguían.

Salky replicó:

—Yo lo vi todo.

—¿No sería mejor sacar la maqueta del interior del coche? —preguntó Michele.

El manco negó:

—Nunca podríamos sacarlo del país. En su coche está seguro. Lo único que hay que hacer es apoderarnos de él, tan pronto haya cruzado la frontera.

—Por eso no hay cuidado —replicó ella—. Haré el viaje con Jules Lavin. Por tanto nunca estaré lejos del cohete.

—Pues entonces todo seguirá tal como lo planeamos desde que Cooper supo que el grupo de Laszlo había dado el golpe. Y que Zaida había escondido el artefacto en el auto del boxeador.

—Fue una excelente idea por su parte —comentó Salky—. ¡Lástima que Cooper perdiera la vida y que Walka le haya seguido!

—Son gajes del oficio —adujo el manco—. Pero tú no te preocupes, Michele. A ti no te conocen, y los de la Seguridad siguen andando completamente a oscuras.

—Pero alguien debió relacionar a Walka con el asunto —dijo ella.

—Sí. Pero nosotros seguimos ignorados, y mientras así continúe, el plan seguirá funcionando a la perfección.

Hubo un breve silencio que cortó el atleta para ofrecer a Michele:

—¿Quieres tomar algo?

Ella no replicó enseguida. Quedó algo pensativa y al fin comentó:

—¿Y la fórmula? En el coche no está.

—Seguro que la tiene Zaida —replicó el manco—. Antes de que salga para Hamburgo le haremos una visita. «Cantará» de plano.

El atleta sonrió.

—No lo dudes, Günter —dijo dirigiéndose al manco.

—Ahora es mejor que te marches, Michele —dijo el jefe—. Y piensa en lo que va en el coche, ¿eh?

—No se me olvida.

—¡Hasta Hamburgo, pequeña! Ellos han hecho el trabajo y nosotros sacamos la tajada.

Michele salió de la casa para dirigirse hacia el coche.

Lo puso seguidamente en marcha para regresar a la casa de campo.

CAPÍTULO XII

La marcha hacia Alemania se había ajado para las siete de la mañana del día siguiente.

Faltaban pues once horas.

El teléfono de la casa de campo sonó.

—Es de París —indicó la dueña.

Lo tomó Luc.

—¿Quién llama?

—¿Está Jules? —preguntó una voz femenina.

—Está... a punto de acostarse.

Jules había concluido de cenar y estaba charlando con Michele, que había recobrado su aspecto angelical e ingenuo, borrando toda huella de dureza y frialdad que antes había demostrado en la guarida del manco.

El tema de la charla era el que ya habían abordado anteriormente: la visita de los dos agentes de la Seguridad Nacional.

—Me gustaría saber qué buscaban esos tipos.

—Lo ignoro —replicó ella—. Ya te dije que a Walka sólo le conocía porque era vecino de mi calle. Salí un par de veces con él hasta que me di cuenta de la clase de tipo que era, y procuré esquivarle. Ni siquiera supe nunca a lo que se dedicaba.

—No sería nada limpio —respondió Jules.

Hasta ellos llegó la voz chillona de Luc que estaba diciendo a través del auricular:

—¡Le siento, señorita! Le digo que es tarde.

Al otro lado del hilo, tumbada en el diván, Zaida replicaba:

—Sólo quería darle las buenas noches.

Luc cogía un berrinche cada vez que se trataba de una mujer, y por esto pretendió dejar a Jules al margen, pero el púgil había dejado momentáneamente a Michele para acudir al teléfono.

—¿Quién demonios es?

—No lo sé —replicó Luc de mala gana.

—Pues salgamos de dudas —adujo el púgil, arrebatándole el auricular.

Enseguida reconoció la voz.

—¡Corine! Creí que te habías ido. ¿De dónde llamas? —Recordemos que para Jules, Zaida era Corine.

—De mi apartamento. Voy a salir esta misma noche, pero antes quería despedirme de ti.

Jules se volvió un momento para cerciorarse de que Michele no podía escuchar.

—¿Puedo verte? —preguntó bajando el tono de voz, a pesar de que la rubia parecía distraída.

—¡Oh, no! —replicó Zaida—. Sólo quería oír tu voz y saber si todo marcha bien.

La llamada no obedecía a otra razón que la de comprobar si algo nuevo había sucedido en aquellos últimos días, y lo *nuevo*, claro está, se refería a lo que se hallaba escondido en el asiento trasero del coche.

Por el tono de voz de Jules, Zaida pudo tener la certeza de que nada anormal había ocurrido.

Más tranquila, dio por terminada la charla.

Jules casi se quedó con la palabra en la boca. Como siempre cuando estaba con una u oía simplemente su voz, se olvidaba de la otra. ¡Eran tan distintas!

No habría sabido a cuál de las dos elegir. Sin embargo, de haber conocido a ambas a fondo, se habría preguntado: «¿Cuál de las dos es más peligrosa?».

Volvió con Michele, que le dijo.

—Hiciste bien en no mezclarnos con la policía, Jules. No me gustaría ver mi nombre mezclado con nada sucio.

—Lo comprendo. Por eso no dije la verdad a los agentes, pero... aquéllos no eran simples policías, sino agentes de la Seguridad Nacional.

—¿Y crees que Walka puede tener algo que ver contra la Seguridad? —inquirió ella ingenuamente, tratando de averiguar lo que Jules pudiera estar sospechando.

—No sé... Pero éstos sólo actúan en casos de espionaje. —Luego, tras una pausa, añadió—: Desde que ocurrió aquello no he dejado

de pensar en una cosa bastante curiosa.

Michele se mostró sumamente interesada, mientras él proseguía:

—Ya te conté que instintivamente me puse al lado de los agentes que perseguían a Walka.

—Sí. Me lo dijiste.

—Pues en un momento casi nos encontramos frente a frente. El llevaba una pistola, pero no disparó. ¡Y pudo hacerlo!

Michele hubiera podido contestar a aquella pregunta diciéndole que si Walka no le disparó fue porque necesitaban a Jules «vivo», al menos hasta que hubiesen cruzado la frontera. Pero, naturalmente, no lo dijo.

Para dar término a la conversación, la rubia propuso:

—Es hora de que vayas a descansar, Jules. Mañana te espera un largo viaje.

—Tienes razón. —La besó suavemente en la mejilla y dejó que ella se fuera primero.

Luc se acercó murmurando:

—¡Anda, campeón! Por hoy ya has charlado bastante.

—Sí, Luc. Enseguida subo.

El «*sparring*» le dejó solo confiando en que su pupilo no tardaría en subir, pero en aquel instante algo cruzó por la mente de Jules. Un nombre: Zaida.

Pensó que todavía tendría tiempo de verla, y sin pensarlo dos veces salió de la casa, tomó el coche y lo puso en marcha rápidamente.

Michele le observó desde la ventana y murmuró para sí:

—¡Maldito estúpido! ¿Por qué no te irás a dormir?

Un coche se detuvo frente al edificio de apartamentos donde residía Zaida. No. No era el auto de Jules.

Se trataba de un vehículo negro, cuyos ocupantes lo habían robado poco antes en los mismísimos Campos Elyseos.

Eran tres hombres. Günter —el manco—, el individuo corpulento y atlético y el llamado Salky.

El trío sabía perfectamente cuál era el apartamento de la mujer a la que iban a «visitar».

Zaida, en aquellos instantes, se estaba vistiendo. Había cambiado sus ropas ligeras para ceñirse un vestido propio para viajar, cuando llamaron a la puerta con golpes insistentes y

timbrazos repetidos.

El manco fue el último y cuidó de cerrar la puerta.

—Abre, Zaida —replicó una voz confusa.

No podía imaginar lo que se le venía encima.

Entreabrió ligeramente la puerta y enseguida se tío empujada por los tres energúmenos que entraban violentamente en la estancia.

El manco fue el último y cuidó de cerrar la puerta.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren?

No hubo respuesta, solo hechos.

Salky y el atleta la sujetaron por los brazos, mientras el manco avanzaba hacia ella.

Sin mediar palabra le soltó un revés con su única mano.

—¡Bruto! —Escupió ella.

—Silencio, preciosa.

—Si buscan dinero no tengo gran cosa. Cojan las joyas y váyanse. No opondré resistencia.

El manco sonrió:

—Claro que no opondrás resistencia. No te dejaremos —y añadió, dirigiéndose a los hombres que la sujetaban—: Podéis empezar... Ese vestido le viene demasiado ceñido, ¿no os parece?

El cuentavelocidades del auto de Jules marcaba los ciento diez kilómetros por hora. Era un buen promedio. Y como la carretera estaba prácticamente desierta, Jules siguió pisando el acelerador.

Calculó que en media hora llegaría a París; es decir al apartamento de la mujer que él conocía como Corine.

Consultó el reloj. Eran las ocho y veinte minutos. Pensó que todavía le quedaban unos diez minutos o más para estar con ella.

Valía la pena gastar unos litros de gasolina para dar un beso a una mujer como ella.

Zaida seguía a merced del manco y sus secuaces.

La tenían sujeta. Ella llevaba el vestido desgarrado. El manco la abofeteaba rítmica y sistemáticamente.

—¡Queremos la fórmula! —Exigía entre bofetón y bofetón.

—No sé de qué me habla —protestaba ella.

—¡Es inútil, muñeca! Sabemos quién eres y para quién trabajas.

—No. Ustedes se confunden. ¡Palabra! Yo no sé... Otra bofetada.

El rostro de la esbelta mujer tenía el color de la grana. De buena gana se habría deshecho de aquel trio, pero no podía. Estaba inmovilizada. Podían hacer de ella lo que quisieran.

—Déjemela a mí, jefe —propuso el atleta.

Era un hombre capaz de enloquecer a una mujer tanto por su físico, como por su porte, su musculatura, su figura en general, pero en aquellos instantes Zaida sólo pensaba en el modo de quitárselo de encima.

El atleta aflojó la presión que ejercía en uno de sus brazos. Y ella intentó escapar, pero ya el manco sustituía al otro, sujetándola de nuevo.

El atleta se acercó sonriendo cínicamente.

Zaida jadeaba. Comprendía que aquellos tres tipos estaban dispuestos a todo.

A todo.

El indicador de la carretera señalaba una distancia de dieciocho kilómetros hasta París, Tules continuó pisando a fondo.

En el dormitorio de la casa de campe, Michele Seguía preguntándose dónde diablos había ido Jules.

Aunque en verdad creía conocer la respuesta:

—Se ha reunido con Zaida —murmuró.

En el tren expreso, Laszlo estaba camino de Alemania, pensando que todo iba bien.

Todo iba mal.

Para Zaida todo iba peor.

El atleta acababa de hacer una pequeña demostración de lo que iba a sucederle si Zaida persistía en su silencio.

Ella, por su parte, sabía que si se dejaba arrebatar el microfilm que contenía la fórmula, y que guardaba en el hueco del anillo, perdería cien mil magníficos dólares, que eran cien mil magníficas razones para seguir aguantando... al menos mientras pudiera.

El atleta le soltó un tremendo revés y por unos instantes Zaida sintió como si se le paralizara la respiración.

—¡Habla, bruja! ¡Habla o acabaremos contigo! —espetó, y volvió a golpearla brutalmente.

PARIS, 10 Kms.

Esto era lo que rezaba el indicador de carretera, Jules silbaba una alegre tonadilla.

—¡Aaah! —exclamó Zaida.

Se desvaneció.

El manco y Salky la dejaron caer; ella, sin embargo, conservaba todavía parte de su lucidez, pero pensó que fingiéndose desmayada la dejarían tranquila y entretanto podría buscar una salida a su difícil situación.

Tomando un impulso rápido e imprevisto para sus atacantes se levantó corriendo hacia la parte trasera.

Su intención era la de alcanzar la terracita por la que pasaba la escalera de emergencia.

—¡Cuidado! —gritó el manco.

Salky saltó sobre la muchacha y ambos forcejearon durante unos instantes por el suelo.

Ella agitaba las piernas para golpear al hombre. Le consiguió y pudo verse momentáneamente libre, pero ya el atleta corría en ayuda de su compañero.

Cuando ella intentaba levantarse le cayó encima como un alud.

Al caer de nuevo, la mano de la joven dio contra el suelo y el resorte del anillo funcionó, quedando al descubierto el escondrijo.

Mientras ella continuaba forcejeando con su nuevo contrincante, el microfilm quedó entre los cuerpos de ambos.

Zaida trataba de apartar a su hercúleo enemigo, y de pronto...

El microfilm cayó al suelo.

El manco se dio cuenta.

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

CAPÍTULO XIII

Todos se quedaron mirando unos instantes, mientras al otro lado de la puerta el timbre insistía.

Luego sonó la voz de Jules.

—¡Corine! —llamó.

La leve vacilación de los hombres quiso aprovecharla Zaida para apoderarse del microfilm, pero el manco se le anticipó.

—¿Conque lo guardabas en el anillo, eh?

Y el timbre volvió a sonar junto con la voz del púgil.

—¿Qué hacemos? —preguntó Salky.

—Ya tenemos lo que hemos venido a buscar. ¡Larguémonos!

Los tres en tropel se precipitaron hacia la parte trasera de la casa en busca de la salida de incendios.

Zaida corrió hacia la puerta para franquear la entrada a Jules.

Abrió jadeante, mientras el púgil, que ignoraba lo que allí acababa de suceder, la miró extrañado y alarmado.

El rostro de Zaida hablaba por sí mismo. Y su vestido desgarrado, y las quemaduras en los brazos.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó él.

—¡Tres hombres! —exclamó ella—. Ladrones.

Señaló hacia el fondo por donde el trío alcanzaba ya la escalera de incendios.

Jules apretó los puños y a grandes zancadas corrió hacia donde ella le indicaba:

—¡Canallas! ¡Miserables! —espetó.

Los otros descendían ya. Estaban cerca de la calle.

—¡Van a acordarse! —prometió Jules, iniciando la persecución sin pensarlo dos veces.

Alcanzó la calle cuando los fugitivos subían al auto que habían dejado aparcado frente al edificio.

Jules corrió con todas sus fuerzas y tuvo tiempo de lanzarse

sobre la trasera del vehículo.

Por un momento pareció que el coche le iba a arrastrar, pero la buena preparación del púgil y su agilidad le permitieron agarrarse bien y mantener el equilibrio.

Los otros al darse cuenta intentaron derribarle.

—¡Mueve el coche! —ordenó el manco a Salky, que era el que conducía.

El coche zigzagueó de un lado a otro de la calle, pero Jules siguió sin perder el equilibrio.

Entonces el atleta sacó una automática.

—¡No seas imbécil! —exclamó el manco—. Le necesitamos vivo, para que «pase» el coche.

Lo que les interesaba era perderle, no matarle; pero en la calle, larga y poco concurrida, Jules estaba intentando ya situarse a uno de los lados del vehículo.

El coche, por ser de modelo bastante antiguo, contaba con los desusados salientes junto a las puertas y ésa era la única ventaja para Jules, que logró avanzar hasta la ventanilla del lado del conductor.

—¡Cierra el cristal! —ordenó el manco.

Era ya lo mismo, porque el púgil, utilizando la mano izquierda, entreabría la portezuela, mientras con la otra mano se asía al techo.

—Para el coche, maldito —farfulló—. Tengo que enseñaros cómo se trata a una dama.

Y al decirlo, golpeó con fuerza el rostro de Salky, pese a su difícil postura.

El coche zigzagueó unos instantes, falto de dirección.

Jules repitió el golpe y a Salky le dio la sensación de que una mula le hubiese coceado en plena cabeza.

La siguiente maniobra del púgil fue agarrar el volante para obligar a su conductor a detener la marcha evitando el choque contra el farol de la luz que estaba en el centro de la plazoleta por la que el auto cruzaba.

Salky frenó antes de producirse el choque, aunque la farola fue alcanzada de refilón.

Con el golpe y el frenazo, los ocupantes del auto perdieron momentáneamente la estabilidad, y Jules, mejor preparado, tiró con fuerza de Salky para sacarlo del interior del vehículo y arrastrarlo

como si fuera un pelele, para terminar soltándole un formidable gancho de izquierda que le dejó fuera de combate a las primeras de cambio.

El manco salió por el lado opuesto, echando a correr.

—¡Larguémonos!

—No me asusta ese tipo —gruñó el atleta, dispuesto a continuar la lucha.

Era un peso pesado, musculoso y fuerte. No era profesional de la lucha, pero hubiese podido serlo muy bien.

Se encaró con Jules esgrimiendo los puños. El púgil calculó la potencia que debía imprimir a su pegada en cuanto su antagonista abriera la guardia.

—¡Llévate a Salky! —gritó el atleta, dirigiéndose al manco, que se había detenido.

El jefe intentó reanimar a Salky, mientras el hercúleo contrincante de Jules esperaba el momento preciso para colocar el primer golpe.

Jules hizo un amago para obligarle a abrir la guardia, pero su contrincante, lejos de caer en la trampa paró el golpe al tiempo que le soltaba un tremendo directo de izquierda.

El púgil sólo pudo esquivar a medias la acometida, cuando el otro ya lanzaba su derecha que le alcanzó en pleno mentón.

Cayó de espaldas contra la farola.

Aquella era una de las escasas veces que habían conseguido derribarle.

Se levantó sin embargo, cerrando la guardia para impedir a toda costa recibir otro golpe como aquél.

El atleta atacó nuevamente con buen estilo, pero aquella vez Jules pudo esquivar.

El combate estaba adquiriendo caracteres casi profesionales, con la ventaja para el rival de Jules por su superior peso.

El profesional esperó la oportunidad precisa para sacudir uno de sus demoledores golpes, y lo consiguió.

El atleta, alcanzado en mitad del abdomen, lanzó una sorda exclamación.

Jules no le dejó reaccionar y aprovechando que el otro había descuidado fugazmente la guardia, le propinó un terrible directo que hizo salir chispas de la mandíbula adversaria.

Era el momento de atacar sin piedad.

Jules no la desaprovechó.

Primero fue un, *crochet* que lanzó al gigantón contra los adoquines ce la plazuela.

Inmediatamente se lanzó sobre él asiéndolo por la ropa para incorporarlo y conectarle otro tremendo gancho de izquierda que volvió a derribarle dejándole al borde del K. O.

Se levantó aún, ganándose un directo en el estómago, y un definitivo *crochet* que acabaron con su resistencia.

El poderoso atleta cayó como un fardo, pendido totalmente el conocimiento.

Jules se volvió para ver qué había sido de los otros dos.

Primero vio a Salky y enseguida al manco, que esgrimando un revólver lo estaba blandiendo ya contra su nuca.

Jules esquivó oportunamente al tiempo que su puño izquierdo salía despedido contra el cuerpo de su nuevo agresor.

El manco recibió el impacto en el pecho, retrocediendo por la fuerza del golpe, mientras Salky, que había conseguido hacerse con un adoquín que llevaba en la mano y que había cogido de un montón colocado a un lado de la acera para reparar —sin duda— unos socavones, lo lanzaba con fuerza contra el púgil, que una vez más pudo esquivar el peligro agachándose a tiempo.

Pero de nuevo el manco pasaba al ataque, cuando el gigantón comenzaba a reponerse.

Más atento al peso pesado que al manco, no pudo Jules evitar aquella vez que el cañón del arma del jefe del trío le golpeará la cabeza.

Sintió que todo empezaba a oscurecer, y poco a poco las piernas se le doblaron.

La oscuridad se hizo total y Jules Lavin cayó al suelo perdiendo la noción de todo lo que ocurría a su alrededor.

El manco y sus dos secuaces se alejaron rápidamente por un callejón. Los tres mostraban en sus rostros las huellas de la lucha sostenida. Jules les había vapuleado a modo, y sólo pudieron librarse de él atacándole a traición.

Cuando recobró el sentido no tenía la más ligera noción del tiempo transcurrido. Su reloj se había parado durante la lucha.

Se levantó, mientras su extraordinario poder de recuperación le

devolvía a la realidad y su cerebro comenzaba a pensar deprisa.

Decidió regresar al apartamento de Zaida.

La cabeza le dolía a consecuencia del golpe recibido, pero las fuerzas volvían a su cuerpo y lo demostró al correr con todas sus fuerzas para llegar cuanto antes al apartamento de la morena.

Cruzó fugazmente por una relojería y vio de refilón que algunos relojes marcaban con más o menos aproximación las nueve y quince minutos de la noche.

Pensó que no había transcurrido demasiado tiempo y calculó que en total sólo había permanecido unos cinco minutos sin conocimiento.

También le habría gustado dar de nuevo con sus agresores, pero —y mientras seguía con su impresionante carrera— se dijo que de momento prefería volver al lado de la mujer.

«Ya les encontraré algún otro día», se dijo para sí.

Ignoraba que tal vez iba a encontrarles mucho antes de lo que imaginaba.

Sin acusar el esfuerzo de la carrera ni los efectos de la lucha sostenida, llegó al fin frente a la puerta de la casa de la morena.

Zaida se había limpiado las heridas y desinfectado las quemaduras, procurando que sus hematomas quedaran también todo lo disimuladas posible.

En aquellos momentos el que estaba necesitando una pequeña «reparación» era él.

—Se me escaparon —murmuró—. Logré alcanzarlos y se llevaron lo suyo, pero...

—Bueno. Ahora ya no importa —le cortó ella.

—Pero... ¿Qué vinieron a, buscar aquí? —quiso saber Jules.

—Eran ladrones, ya te lo dije. Querían el dinero y las joyas. Debieron entrar pensando no encontrar a nadie en la casa —mintió Zaida.

—¡Cochinos indecentes! ¿Te quitaron algo?

—No tuvieron tiempo —volvió a mentir ella—. Tu llegada lo impidió.

Naturalmente se abstuvo de hablar del microfilm.

CAPÍTULO XIV

Eran las once cuando Jules regresó a la casa de campo.

Zaida le había dicho que a pesar de todo saldría aquella misma noche en dirección a Alemania, haciendo un alto para descansar en Sarre Bourg-Morselle y reemprender la marcha a la mañana siguiente.

El púgil subió a su habitación procurando no hacer ruido para no despertar a Luc, pero éste estaba en el umbral de la puerta de su dormitorio en el cuarto contiguo.

Ambos se miraron.

Luc no despegó los labios, pero la expresión de su rostro era harto elocuente.

Sacudió la cabeza y volvió a entrar en la alcoba, cerrando la puerta tras de sí.

Jules penetró en el suyo y cinco minutos después estaba ya acostado.

El viaje se realizó más o menos según se había previsto.

Luc conducía el coche, mientras que en el asiento posterior se sentaban Jules y Michele.

Ella parecía más radiante y hermosa que nunca, y también más ingenua, más angelical. Claro que tenía buenos motivos para sentirse segura.

Estaban ya cerca de la frontera y la joven estaba plenamente convencida de que todo iba a salir conforme sus deseos.

—Anoche te vi salir —murmuró ella de pronto.

—Fui a despedir a un amigo —mintió él.

Y ella sabía que mentía, pero sabía también que el «paquetito» seguía bajo aquel mismo asiento que ocupaban, porque ya se preocupó, cuando todos doraran, de comprobarlo.

—Prepara el pasaporte —advirtió Luc—, estamos llegando a la

frontera.

Desde un bar, ya en el lado alemán, Zaida podía observar perfectamente el paso fronterizo.

Estaba sentado en la pequeña y desierta terracita del local y allí podía utilizar unos prismáticos sin llamar la atención.

A través de los cristales de aumento vio detenerse el auto del púgil.

Las pisadas del camarero le obligaron a guardar los prismáticos.

—Conferencia de Hamburgo, señorita —le advirtió el recién llegado.

Antes había estado llamando al hotel donde debían estar hospedados Laszlo y sus compinches, y aun calculando que el jefe —Laszlo— no hubiese llegado todavía, sí debían estar los otros, pero nadie le contestó, por eso había dejado recado de que la llamasen al número de aquel bar fronterizo.

Tomó el auricular.

—Soy Corine —dijo.

—¿Ocurre algo? —preguntó una voz al otro lado del hilo.

—La mitad del trabajo se ha perdido —murmuró ella simplemente.

—¿Eeeh? —replicó la voz.

—¿Me comprendes?

—¿Y el juguete para la niña? —preguntó el del otro lado.

—El juguete supongo sigue bien.

—¿De dónde llamas?

—De la frontera.

—¿Han venido ya los amigos?

—Están cruzando.

—Déjalos que sigan adelante. ¿Me comprendes? —dijo la voz, y añadió—: Yo hablaré con Laszlo tan pronto llegue. De momento deja todo igual.

—De acuerdo —replicó Zaida.

Ambos colgaron, y ella regresó a su punto de observación.

Jules, Luc y Michele mostraron sus respectivos pasaportes.

Uno de los agentes reconoció al púgil.

—¿Cuándo es el combate? —preguntó.

—Mañana.

El agente apenas si se fijó en los documentos. Los devolvió, mirando distraídamente a Luc y a la joven.

No hubo preguntas ni objeciones y el auto tampoco fue registrado.

Momentos después cruzaban la divisoria.

—Para un momento en ese bar —dijo Jules a Luc.

Era el establecimiento en cuya terraza se encontraba Zaida.

Luc aflojó la marcha, pero pensándolo mejor, aceleró, pasando de largo.

—Nada de beber ahora —manifestó el entrenador.

—Tú no eres un amigo. Eres una madrastra —murmuró Jules, mientras el coche seguía raudo por la autopista.

Zaida, tras abonar el importe de la consumición y de las conferencias, tomó su automóvil para seguir también por la autopista.

En aquellos momentos se estaba poniendo en movimiento lo que alguien llamaría «Operación Rescate».

Lo que se trataba de rescatar era, naturalmente, el microfilm.

CAPÍTULO XV

—¡Esto es obra de los que trabajaban con Cooper! —exclamó Laszlo en el interior del auto que conducía uno de sus dos compinches.

—Pero ¿cómo podían saber que Zaida guardaba el microfilm? —inquirió uno.

—Cooper debía conocer nuestro plan.

—Entonces, si lo conocía, deben saber también que el cohete está en el coche —adujo el otro de los secuaces.

—Posiblemente —admitió Laszlo.

—¡Lo habrán robado! —espetó el mismo que había hablado antes.

—Zaida dijo que estaba.

—Es posible que se propongan hacer lo mismo que nosotros, utilizando a Lavin para que lo pase por la frontera.

El que conducía lanzó una maldición, agregando:

—Debemos darnos prisa antes de que aprovechen la ocasión para sacarlo. ¡Estaría bueno que hubiésemos hecho todo esto para nada!

—No hay que perder la calma, amigos —aconsejó Laszlo—. Saldremos a su encuentro. Quizá Zaida haya averiguado más cosas. De cualquier modo, lo importante es apoderarnos del juguete. Pero no lo sacaremos. ¿Comprendéis? Esperaremos que alguien vaya por él, y esa misma persona nos llevará hasta los otros y entonces habrá llegado el momento de actuar. No me importa quien caiga. Nosotros iniciamos esto y tenemos que terminarlo.

Se detuvieron en una aldea a orillas del Elba para tomar el almuerzo.

Michele, ya en el típico restaurante, se excusó:

—Dispensen un momento.

Era lógico suponer que la muchacha se dirigía a la *toilette*; sin embargo, si así pensaron Luc y Jules estaban completamente equivocados, porque lo que hizo Michele fue ir directamente al teléfono y pedir una conferencia con Hamburgo.

Sus cómplices, el manco, el atleta y Salky, habían efectuado el viaje la noche anterior, inmediatamente después de apoderarse del microfilm, y la muchacha no tardó en comprobar que ya habían llegado a su destino, utilizando el avión.

Le contestó el jefe en persona:

—¿Todo bien?

—Sí —replicó ella.

—Llegaremos a Hannover al atardecer. Descansaremos un poco —añadió.

—Los chicos irán hacia allí —contestó el manco.

No hubo más diálogo. Aquello era suficiente.

Hannover iba a convertirse en el punto culminante de aquella oscura cuestión.

Michele regresó al comedor con la mejor de sus sonrisas, para sentarse entre Jules y Luc.

Fue un alegre almuerzo, y tras el cual, mientras el púgil pagaba la cuenta y Luc estaba en los lavabos, Michele salió para contemplar el verdor de los prados germanos, no lejos de donde serpenteaba el río.

Miró en derredor y decidió cerciorarse una vez más que el juguete seguía debajo del asiento posterior.

Fue precisamente entonces cuando de entre los escasos coches aparcados cerca del restaurante apareció una mujer.

¡Era Zaida!

Michele, aunque conocía su existencia, jamás la había visto personalmente y es muy probable que ni siquiera hubiese reparado en ello si al alejarse otra vez del coche para dedicarse a la contemplación del paisaje, no hubiera ocurrido algo completamente anormal.

Zaida había estado esperando el momento de no ser vista para avanzar hacia el coche de Jules e intentar abrir la portezuela, que no cedió.

Trató de forzarla.

Michele se dio cuenta y comprendió que aquello no era una

coincidencia. Aquella mujer no parecía una vulgar ladrona.

«Es ella —pensó—, y ahora quiere apoderarse del cohete».

No era prudente llamar la atención, y por esto decidió ir directamente a su encuentro.

—¿Qué está haciendo? ¿No se confunde de coche?

—¡Oh! —sonrió la morena—. Tiene usted razón. ¡Qué torpe soy!

—Pues tenga mucho cuidado de no volverse a confundir —replicó con frialdad Michele.

Zaida receló. Adivinó enseguida que estaba delante de una rival, y no precisamente en cuestiones de amor, sino por el mismo asunto por el que ambas se encontraban allí.

Pero a Zaida tampoco le interesaba armar un escándalo, ni mucho menos ser descubierta por Jules.

Por consiguiente, optó por abandonar la partida... Al menos por el momento.

Se alejó, perdiéndose por entre los automóviles aparcados, yendo en busca del suyo, que había dejado entre unos árboles.

Poco después se alejó en dirección al interior de la aldea, donde se detuvo en una estrecha calle, en espera de ver pasar el coche de Jules para continuar siguiéndolo.

Michele se volvió con disimulo, dos o tres veces, mientras el coche del púgil continuaba por la autopista, ya en las cercanías de la ciudad de Hannover.

Le pareció que, efectivamente, otro coche venía siguiéndoles. Era el de Zaida.

Se dijo a sí misma que en Hannover tendría que actuar muy deprisa y esperó que sus cómplices hubiesen llegado ya.

El único que seguía estando en «ayunas» de todo lo que ocurría era Jules, que, sin saberlo, se había convertido en el epicentro de todo aquel tinglado. Y si no él directamente, sí su coche que hasta entonces había servido para camuflar lo que los agentes de la seguridad nacional francesa estaban buscando denodadamente.

¡Y por fin llegaron a Hannover!

—Yo tengo ganas de estirar las piernas —dijo Jules—. Luego podemos cenar.

Luc opuso:

—Mejor en Hamburgo.

—¡No! —exclamó Jules—. Aquí. Estoy harto de tanto coche. Me

encuentro anquilosado.

—¡Y eso que soy yo el conductor! ¿Qué dirías si hubieses estado conduciendo tú?

—Te relevaré después —replicó el púgil.

—Está bien. Dejaremos el coche en una gasolinera para que llenen el depósito y echen un vistazo.

Poco después Luc se dirigió a un garaje-estación, y más tarde se reunió con la pareja, que le esperaban ya en un restaurante cercano adonde el *sparring* había dejado el auto.

Desde donde estaban, Michele podía observar la entrada del garaje. Le convenía no perder de vista a todo aquél, o aquélla, que pudiera entrar con ánimos de sustraer el «juguetito».

Al cabo de un rato, durante el cual ella había manifestado que no le apetecía pasear, añadió:

—Creo que podéis cenar sin mí. Tengo un amigo aquí, en Hannover, y me gustaría visitarlo. ¿Os importa que vaya? —preguntó con fingida timidez.

Y enseguida obtuvo la respuesta que esperaba.

—Desde luego que no —había replicado Jales.

—Se trata de un viejo compañero del instituto. Es un compatriota, pero lleva años establecido aquí. No me entretendré mucho —aseguró Michele con la misma tímida sonrisa.

Cuando ella salió del restaurante, no fue a casa de ningún amigo. Lo único que le interesaba era sacar el «juguete» del coche.

Así pues, entró en el garaje-estación y se instaló en el bar, desde uno de cuyos taburetes de la barra podía ver cómo en aquellos momentos lo estaban engrasando y llenando el depósito.

Ya había urdido su plan, en previsión de que Zaida pudiera anticipársele, pues ya imaginaba que no andaría demasiado lejos.

De momento esperaba que los mecánicos terminaran con el auto y entonces sacaría el cohete y se lo metería en el bolso.

Era un bolso de viaje con el anuncio de unas líneas aéreas. La «cosa» cabría perfectamente dentro y, luego...

Luego a esperar a sus compinches para entregárselo y el asunto habría concluido para ella.

Zaida, por su parte, a la entrada de la ciudad había descubierto el coche de sus secuaces.

Se reunió con ellos en la gran plaza, frente a dónde se

encontraba el garaje-estación, y comenzaron a hacer cálculos para rescatar el «paquete».

—Encárgate tú de ello, Zaida —murmuró Laszlo—. Una mujer siempre levanta menos sospechas.

—Sabía que me lo pediríais, pero ¿y vosotros? ¿Habéis hecho algo para recuperar el microfilm?

—Cuando vengan los demás ya decidiremos.

—La rubia que viaja en el coche de Jules —advirtió Zaida— debe trabajar para ellos. Estoy segura.

—Entonces quizá será la que nos lleve hasta el lugar donde han guardado el resto...

Zaida indicó el bar.

—Ha entrado allí. Es la mujer que acompaña a Lavin. Deberías hacer con ella lo mismo que el manco y sus gorilas hicieron conmigo.

—No te preocupes —replicó Laszlo—. Ya pagarán. Anda, ahora ve al garaje. Recoge el juguete y reúnete con nosotros.

Michele había tomado la delantera a Zaida.

Cuando los mecánicos se hubieron alejado, avanzó con sigilo hasta una de las portezuelas posteriores.

Estaba abierta. Luc no se había preocupado de cerrarla, pensando que en el garaje estaría bien vigilado.

Levantó el asiento posterior, cuando la voz de Zaida sonó tras ella:

—¿Busca algo?

Michele se volvió en redondo con el asiento a medio levantar.

Intentó salir fuera del auto, pero ya la morena descargaba el bolso contra la rubia de la banda rival.

Ésta intentó parar el golpe y ponerse a la defensiva, tratando de agarrar el bolso de que se valía Zaida para atacarla.

Consiguió salir del coche y de un nada femenino manotazo apartó a Zaida, al tiempo que se lanzaba contra ella como una tigresa, y la agarraba por los cabellos.

La morena soltó el bolso, demostrando que, aparte de sus encantos femeninos, también tenía buenas condiciones para la lucha.

Enzarzadas las dos mujeres en un frenético cuerpo a cuerpo, fue Zaida la que consiguió conectar un soberbio directo hacia Michele,

a la que alcanzó de refilón.

La otra, sin embargo, volvió a asirla por los cabellos y Zaida se defendió, atacando a su vez del mismo modo.

Ambas gruñían, jadeaban y continuaban aquella lucha sin tregua ni cuartel.

Salieron a relucir las afiladas y bien cuidadas uñas de las dos féminas. Las de la rubia alcanzaron el rostro de Zaida, que sintió como si, por lo menos, cuatro garfios se clavaran en la fina carne de su rostro.

Pagó con la misma moneda.

Michele lanzó una exclamación.

Casi al mismo tiempo descargaba un buen puntapié a la pantorrilla de su rival, que tuvo que inclinarse por efecto del dolor que le produjo, y Michele, sin darle tregua, le aplicó igual castigo a la otra pierna.

Zaida cayó al suelo, impregnando su ajustado vestido de las grasas del pavimento del garaje.

Michele aprovechó su momentánea ventaja para saltar de nuevo contra ella.

La lucha continuó en el suelo. A veces una conseguía incorporarse ligeramente, pero enseguida era abatida por la otra y así la pelea duró por lo menos tres o cuatro minutos.

Las grasas y el pringue propios de donde se encontraban cubría los cuerpos y piernas.

Luchaban ya con las faldas subidas hasta la cintura y, precisamente, utilizando la falda como arma, Zaida pudo tomar ventaja.

Michele vestía una amplia y vaporosa y Zaida tiró de ella hasta cubrirle la cabeza y la rubia sintió la sensación de hallarse en el interior de un saco.

Gritó.

La mano de Zaida le atizó con fuerza un revés a través de la tela de tergal. Y a continuación con la punta del zapato le golpeaba ambas espinillas, devolviéndole de este modo los mismos golpes que antes le había proporcionado su antagonista.

Michele, chillando de dolor, la embistió a ciegas, y nuevamente ambas contendientes rodaron por el suelo.

Ahí terminó la batalla.

Un par de empleados, atraídos por el ruido, se acercaron.

Ambos tuvieron tres reacciones casi simultáneas.

La primera, de sorpresa.

La segunda, de curiosidad.

Por fin, se impuso la tercera, que fue la de separar a las dos mujeres, lo cual no fue tarea fácil, pues seguían aferradas como siamesas.

Naturalmente, la que tenía más que perder era Zaida, puesto que ella no tenía ningún coche en el garaje ni podía justificar su presencia allí.

Eso fue lo que la impulsó a echar a correr hacia la calle para evitar tener que dar enojosas explicaciones.

Michele, jadeante, exclamó:

—¡Mala víbora!

—Pero ¿qué es lo que ha pasado? —preguntó uno de los empleados, que todavía no había salido de su asombro.

Verdaderamente el aspecto de Michele era lamentable.

El que había hecho la pregunta, sin embargo, la reconoció como una de las ocupantes del coche del púgil.

—¿No la he visto antes?

—Sí. Acompaño al boxeador Jules Lavin —dijo ella—. Y esa mujer que ha escapado intentaba robar en su coche.

—¿Una ladrona? —murmuró el empleado—. En este caso llamaremos a la policía.

—¡No! Déjelo —replicó Michele—. No ha tenido tiempo de llevarse nada. He podido impedirlo al sorprenderla.

—Aun así deberíamos informar. Es nuestro deber. Aquí no ha conseguido robar, pero puede intentarlo en otro sitio. Pero usted no se preocupe y venga. La acompañaré al lavabo. Supongo deseará asearse. ¿Tiene alguna herida?

—No, no... Creo que no. Por favor, no se preocupen por mí. Se lo ruego... Déjenme, por favor.

Los dos jóvenes se miraron.

—¿Quiere algo del coche? —preguntó uno.

—Sí... Otro vestido y algunas cosas —contestó Michele.

Lo que necesitaba de veras era sacar el cohete de debajo del asiento y aquella sí que podía ser la mejor ocasión.

—Váyanse, por favor. Yo me arreglaré —rogó ella.

Pensando en que tendría que cambiarse, los dos hombres se alejaron, no sin manifestar su extrañeza, si no de palabra al menos de pensamiento.

Michele volvió a entrar en el coche. El asiento posterior ya estaba levantado. Solo tenía que apartar las mantas y coger el paquete.

Lo hizo.

Buscó. Revolvió las mantas... y a punto estuvo de desmayarse.

El paquete no estaba.

¡Allí no había absolutamente nada!

CAPÍTULO XVI

—Pero ¿quién te ha atacado? —preguntó Jules, mirando a Michele, que se había cambiado de vestido y limpiado el pringue de su piel.

El rostro del boxeador expresaba la mayor sorpresa.

Michele explicó:

—Era una ladrona. La sorprendí cuando intentaba abrir la portezuela del coche.

Jules guardó silencio, pensando en que nunca le había ocurrido nada parecido. Bueno, salir con dos chicas a la vez sí que era frecuente, y hasta con más, pero que las dos fueran atacadas, en el espacio de veinticuatro horas y con el mismo móvil del robo, no. Eso sí que verdaderamente no le había sucedido jamás.

«¿Y qué diablos podían buscar en su coche?», pensó.

Sin embargo, la pregunta que hizo a Michele fue otra:

—Dijiste que fue una mujer.

—Sí, una mujer, pero no me preguntes cómo era, porque apenas pude fijarme. Todo sucedió muy deprisa.

—Te dejó buenas señales —indicando su rostro en el que habían quedado las huellas de los arañazos que Zaida le produjera.

Era hora ya de proseguir la marcha, sin embargo, Michele estaba indecisa. No sabía qué hacer. Necesitaba instrucciones del manco, y decidió llamar nuevamente por teléfono.

Se excusó diciendo que iba a la *toilette* y solicitó conferencia, que la obtuvo en el acto.

Enseguida oyó la voz del manco a través del hilo.

—Esperaba que llamas antes —gruñó—. ¿Dónde diablos estás?

Ella dio el nombre y las señas del restaurante donde estaba.

El jefe replicó, dándole a su vez las señas del bar donde estaban aguardando Salky y el atleta.

Colgó para llamar al bar que el manco le había indicado.

Cuando consiguió hablar con Salky, que fue el que se puso al aparato, después de que un camarero le diera el recado Michele le explicó lo ocurrido.

Salky exclamó:

—Enseguida vamos para allá.

—¿Qué hago yo, mientras tanto? —preguntó la joven.

—Sigue con el boxeador. Hay que seguir la comedia hasta el fin. De Hannover hasta Hamburgo hay ciento y pico de kilómetros. Por la autopista llegaréis en menos de dos horas.

—Pero Zaida debe de estar con los otros.

—No te preocupes. Si ellos tienen el «juguete», ya lo soltarán, porque nosotros tenemos lo «otro» —se refería a la fórmula—. Y sin eso no podrán negociar su venta. Así que no hay que desanimarse. Todavía no hemos perdido la partida.

En el bando opuesto, Laszlo renegaba:

—¡Ni lo uno ni lo otro! Y esto debe de quedar resuelto antes de llegar a Hamburgo.

Zaida, que había conseguido lavarse medias y cambiar su vestido, se miraba en el espejo, observando, furiosa, las huellas de los arañazos que también había sufrido.

—De ahora en adelante —advirtió de mal talante—, los golpes vais a recibirlos vosotros. Ya estoy cansada de servir de blanco. En el trato no entraba esto.

Estaba dentro del coche, detenido frente al restaurante, y entonces cruzó cerca del coche otro vehículo que conducía Salky.

Si a Zaida jamás se le olvidaba un rostro, mucho menos podía habersele olvidado el de uno de cualquiera de aquellos gorilas que la habían maltratado el día anterior en París.

—¡Son ellos! —exclamó—. Los que robaron el microfilm.

El auto conducido por Salky se detuvo cerca.

—Seguro que se proponen seguir a Jules Lavin —observó uno de los compinches de Laszlo.

—Esto quiere decir que el «juguete» sigue en su coche.

—Después de lo que ha pasado en el garaje —replicó Zaida—, la rubia debe de tener miedo y por eso les ha avisado.

—Iremos tras ellos —puntualizó Laszlo—. Y os aseguro que en Hamburgo se solucionará todo favorablemente para nosotros.

Y llegaron a Hamburgo.

Michele se despidió de Jules en la puerta del hotel.

—Me gustaría acompañarte a casa de tus familiares —le había dicho el púgil.

Más ella negó con una suave evasiva:

—¡Oh, no! Tú necesitas descanso y yo ya conozco bien Hamburgo. He estado otras veces y no corro el riesgo de perderme.

—Volveremos a vernos, supongo.

—Sí —prometió ella.

—¿Vendrás mañana a ver el combate? —preguntó el joven.

—No sé... no te lo aseguro. Si puedo, iré.

Se miraron unos breves momentos. Jules la hubiera besado, pero se limitó a aceptar la mano que ella le tendía y el beso en la mejilla.

Los mozos del hotel habían sacado el equipaje del coche y Luc les ordenó que ellos mismos cuidaran de dejar el auto en el garaje del hotel.

Desde una esquina próxima, Zaida señaló a Michele en el momento en que ésta salía del establecimiento.

—¡Ahí va ella! —dijo.

—Esperemos —comentó Laszlo.

La vieron dirigirse hacia el coche de sus compinches, que estaba aguardando cerca.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno de los secuaces del grupo de Laszlo a su jefe.

—¡Esperar! Que sean ellos los que den el primer paso. Seguro que ahora irán en busca del juguete.

Pero en el otro bando...

—¡No es posible que Zaida pudiera robarlo! —exclamó Michele, completamente segura de su aseveración.

Salky se encogió de hombros.

—No puedo comprenderlo. Si Zaida no lo ha cogido, no ha podido esfumarse solo. Tú, Michele, dijiste que anoche, cuando Jules Lavin regresó a la casa, el «juguete» seguía bajo el asiento.

—Lo dije porque le vi con mis propios ojos. Y, además, si Zaida o alguien de los suyos lo hubiese sacado, ¿por qué ella volvió al coche, y por qué parece que continúen siguiendo a Jules Lavin? No, no tendría sentido.

Fue el atleta quien replicó:

—En eso tiene razón Michele. Aquí ha pasado algo raro.

—¿Jules, tal vez? —aventuró Salky.

—No —negó Michele—. Estoy segura de que él no sabe nada de nada.

—Volvamos a mirar —aconsejó el atleta, resuelto.

—Es perder el tiempo y exponernos inútilmente. Sobre todo estando los otros ahí.

—Si están aquí es porque desean lo mismo que nosotros —recalcó Salky—. ¡Vamos! ¿Tienes revólver? —añadió mirando al púgil, que por toda respuesta sacó una automática del «treinta y dos» y un revólver, al que aplicó un tubo silenciador.

—Ahora, jefe, creo que se dirigen hacia el garaje —dijo uno de los hombres del manco.

Laszlo asintió:

—Podéis prepararlos.

Aquella vez la rubia, que había regresado de ver a aquellos pretendidos familiares, no mostró el menor deseo de ir con ellos.

—Yo me quedo —aseguró.

En una de las habitaciones del amplio y lujoso hotel.

—¿Dónde diablos habré metido mi cartera? —se preguntaba Jules, y alzó la voz para que su amigo y *sparring*, que estaba en el cuarto contiguo, que se comunicaban entre sí, pudiera oírlo.

—¿Has visto mi cartera, Luc?

—No, Jules.

—Quizá se me ha caído en el coche. Voy a ver.

Y en el garaje particular del hotel...

A simple vista, no ocurría nada. Por lo menos, el ruido era apenas audible.

Utilizando silenciador, las detonaciones de los revólveres suenan como chasquidos apenas perceptibles. Sólo en la oscuridad es posible ver los fogonazos que se producen cuando las balas salen disparadas del cañón del arma.

Y allí, en el garaje, el espectáculo, si no hubiese sido trágico, habría resultado verbenero y popular, porque aquello parecía un castillo de fuegos de artificio.

Aunque no estaba totalmente oscuro, la débil luz no

amortiguaba los fognazos que surgían de cinco lugares distintos.

Las dos bandas estaban en plena guerra.

Los cargadores iban vaciándose para ser repuestos de inmediato con gran agilidad.

Jules bajó el tramo de escalones que conducía al garaje e iba a entrar cuando advirtió que del otro lado asomaba alguien. No vio el revólver, pero sí al hombre que lo empuñaba.

Entró parsimoniosamente, como si no le hubiese visto. El que estaba agazapado pertenecía a la banda de Laszlo. Y estaba pegado justo a la puerta delantera del automóvil del púgil.

Jules se agazapó, pasando como una exhalación hasta llegar al auto, cuya puerta abrió con sumo cuidado.

El otro no le había visto.

Jules se acercó por dentro del coche a la otra puerta y comenzó a abrirla suavemente para, cuando tuvo la manivela a punto, empujar con violencia.

El tipo, al recibir el golpe se sintió empujado. Jules abrió la puerta por completo, alcanzando al otro en pleno rostro, que le hizo caer mascullando una maldición.

Otro compinche se asomaba en aquel instante y Jules, sin darle tiempo a que pudiera advertir lo ocurrido, había salido ya del auto y se lanzaba contra él.

Un primer golpe le bastó para dejarle momentáneamente fuera de combate.

Del otro lado comenzaron a disparar, y Jules tuvo que protegerse tras unos bidones vacíos.

Fue entonces cuando vio fugazmente el rostro del atleta.

Y mientras éste disparaba, Jules avanzó hacia él, haciendo rodar un bidón vacío que le servía de parapeto.

Cuando estuvo cerca, con inusitada rapidez, levantó el bidón y lo lanzó contra el atleta.

Hombre y bidón cayeron con gran estrépito.

Con idéntica pericia logró situarse en otro ángulo del local, esquivando los balazos que seguían surgiendo de todos los puntos.

Se encontró detrás de Salky en el momento en que éste se revolvía para dispararle a quemarropa.

Ya a nadie interesaba que Jules siguiera vivo o no, y puesto que se había entrometido, pagaría con la vida.

Jules lo entendió así y tampoco anduvo, con medias tintas.

De un soberbio patadón desalmó a Salky.

El siguiente golpe lo dio con el puño y su contrincante salió disparado cayendo contra unas cajas, algunas de las cuales se derrumbaron.

Ya sólo quedaba Laszlo en perfectas condiciones para la lucha.

Laszlo buscaba la mejor posición para terminar con el púgil.

Pero el que terminó sin darse cuenta fue él, cuando una bala disparada por el hércules de la banda contraria le alcanzó de lleno en mitad del pecho.

Luc apareció en aquellos instantes.

—¡Cuidado! ¡Apártate! —advirtió Jules para prevenirle.

Luc corrió escaleras arriba.

—¡Avisaré a la policía! —previno, al comprobar aquella cruenta batalla.

Pero la presencia de la policía en el garaje no gastaba a ninguno de los supervivientes de ambos bandos.

Decidieron buscar la salida.

Las sirenas de los coches policiales alertaron a las dos mujeres, que se habían quedado en los respectivos coches de sus bandas, y ambas tuvieron la misma idea: ¡huir!

Eligieron la misma dirección.

Zaida llevaba la delantera, pero Michele, con un coche más rápido, no tardó en colocarse a la misma altura.

Intentó que su coche golpeará al de la morena, pero Zaida pudo esquivar hasta llegar a la carretera.

Entonces, Zaida, situada detrás, intentaba pasar al ataque.

Aceleró para cortarle el paso, pero Michele esquivó.

Durante varios kilómetros continuó el juego por la carretera secundaria que ascendía suavemente hacia un montículo.

En el garaje continuó el tiroteo.

El hércules había caído alcanzado por otro de los componentes de la banda de Laszlo.

Cuando la policía llegó al garaje, el tiroteo había cesado.

Después de un reconocimiento general, uno de los agentes informó a su superior.

—Han muerto todos, señor.

Jules y Luc contemplaban el tétrico espectáculo, mientras algunos de los empleados del garaje, que habían permanecido parapetados, comenzaban a asomar explicando cómo todo había empezado de un modo repentino.

El agente siguió informando:

—Todos llevan pasaporte. Tendremos que comprobarlos. Seguramente se trata de bandas rivales.

El púgil, comentando con Luc, murmuró:

—¿Qué diablos andarían buscando?

Entonces, Luc replicó:

—Creo que ya lo sé, Jules. Vamos. Te lo explicaré.

CAPÍTULO XVII

Los ojos de Jules se agrandaron como platos, después de haber escuchado el relato de su amigo, que era poco menos que increíble.

—Me levanté temprano para preparar el coche —había explicado Luc—. Busqué los trapos que solemos guardar debajo del asiento posterior y descubrí el paquetito bajo las mantas. Me pregunté qué diablos podía ser aquello. Me dirás que podía ser algo tuyo y que a mí no me importaba, pero en aquel momento me sentí curioso y lo abrí, y apareció una especie de juguete de ésos que ahora venden para los niños. Pensé que era un capricho tuyo y regresé a la casa para preguntártelo, pero se me olvidó. Recuerdo perfectamente que lo dejé en la cocina, mientras tomaba café.

Naturalmente, estaba hablando de la mañana del día anterior, una hora antes de que partieran hacia Alemania.

Iba a añadir algo más, pero Jules le atajó:

—Pues, ¿sabes lo que representa el juguete en cuestión? ¡Ni más ni menos que la maqueta del cohete que robaron en nuestro país!

—¿Un cohete? —murmuró Luc—. Sí, desde luego tenía la forma de cohete.

—Pero ¿quién diablos lo escondió en mi coche? —exclamó Jules.

La crónica de sucesos de los periódicos de Hamburgo tuvieron que ampliar sus secciones habituales, porque además del tiroteo en el garaje, con los subsiguientes cinco cadáveres, que, ya merecieron especial información, todavía hubo más...

«Dos coches se precipitaron por un terraplén y murieron carbonizadas las ocupantes de los mismos.

»Eran dos mujeres. Sus nombres son Michele Legrand y Corine Blanchard».

Lo que no añadía el periódico es que esas cosas ocurren cuando se juega a los empujoncitos por carreteras peligrosas y a velocidades más que respetables.

La única noticia que no apareció en los periódicos fue la de la captura de Günter, el manco, aunque sí le atraparon cuando intentaba cruzar la frontera hacia la Alemania del Este, con el microfilm, para venderlo a una organización dedicada a negociar con los secretos bélicos.

Pero, sí, Günter había sido abatido por una ráfaga de metralleta, cuando al serle dado el alto echó a correr.

Nunca se supo el nombre de la organización, aunque para eso los agentes especiales de distintos países emprendieron sordas y secretas pesquisas para descubrirla.

—¡Siete, ocho, nueve y diez! ¡K.O.!

El combate entre Jules y el alemán Winker había concluido.

El árbitro decretó el final, levantando la mano del vencedor.

En aquella ocasión había sido Jules.

Ya en París, Jules comentó con el agente Marigny:

—¡Lástima de dos mujeres! Eran hermosas de veras... Difícilmente encontraré otro par igual. Combinaban perfectamente.

—Tenga cuidado, Lavin —le advirtió el agente, que había llamado a su despacho al púgil—. Estuvieron a punto de meterle en un buen lío.

—¿Sólo a punto? —sonrió el púgil—. Bueno... lo malo es que me enteré demasiado tarde. ¡Lástima!

—Sí, lástima —repitió el agente.

—No, si me refiero a la belleza de ambas... ¡Qué líneas!

—Pues ya vio que eran de la peor ralea —contestó Marigny.

—Tiene razón. Y eso me hace pensar que voy a pasarme una larga temporada sin pensar en más faldas. Lo aprovecharé para prepararme para el mundial... eso es. Se acabaron las juergas —aseveró muy seriamente el púgil.

Y dos horas más tarde...

¿Se acuerdan de Cristine?

Bueno, pues... Jules también se había acordado de ella y allí estaba.

Cristine era una muchacha pacífica. Con ella no había conflictos, y también era hermosa.

La escena, más o menos, era la de siempre.

Ella tomaba sus baños de sol artificial y él estaba a su lado, acariciándola.

Bien pensado, con Cristine uno podía sentirse seguro y hasta, ¿quién sabe...?

Sí, un futuro con Cristine no sería descabellado.

Bueno, por el momento, y mientras lo pensaba, Jules intensificaría sus visitas.

Se acercó más a ella para besarla.

Decididamente, Cristine era una mujer adorable.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Micromotas: microfilms de tamaño igual al punto de una «i», por ejemplo, capaces de contener hasta dos folios mecanografiados.

< <